
Coleccion
LUCHADORES
DEL ESPACIO
EL EXTRAÑO
PROFESOR ADDINGTON
por el PROFESOR HASLEY.
JOSÉ LUIS


Profesor HASLEY
EL EXTRAÑO PROFESOR ADDINGTON
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL V.—87.—1956
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPITULO PRIMERO

Buck observó durante un rato la llameante puerta de su casa. Si hubiera retardado medio segundo su acción de tirarse al suelo hubiera sido su cuerpo en llamas el que provocara la expectación que se mostraba en la cara de los transeúntes, que se detenían con una mirada interrogadora ante el edificio siniestrado.

Aunque había recibido orden de abandonar aquel caso no podía apartarlo de su mente. Lucy estaba complicada en él, y ella era motivo más que suficiente para que Buck no pudiera perderlo de vista. Por otra parte, estaba convencido de que el Servicio de Contraespionaje enfocaba mal el asunto. El profesor Addington debía de dejarse totalmente al margen de la investigación y sin embargo Buck tenía el presentimiento de que podía ser una de las

claves de aquel asunto. Si quería colaborar en el descubrimiento de aquella complicada trama, habría de hacerlo solo, e incluso tendría que arrostrar la posibilidad de verse tratado como un fuera de la ley.

A pesar de todo estaba dispuesto a seguir adelante. Su misma conciencia se lo exigía.

Estos pensamientos le trajeron a la memoria la responsabilidad que había adquirido con Lucy, de recoger el bolso, que ésta se había dejado olvidado en el Hotel. Lo recogería y se lo mandaría al día siguiente. Fijó sus ojos en la actuación de los bomberos y comprendió que todavía tardarían unos diez minutos en dejar transitable el acceso a la casa; así, pues, cogió su aero-automóvil y cinco minutos más tarde se hallaba hablando con el gerente del Hotel Continental.

— ¿Desea habitación el señor?

—No. Venía a recoger un bolso que se dejó aquí una amiga mía.

El hombre hizo un gesto de extrañeza y Buck se identificó, exhibiendo su credencial de Policía.

La fría cortesía del gerente se convirtió en amable solicitud en cuanto Buck indicó cuál era su personalidad.

—Tendré mucho gusto en servirle, teniente, pero me tendrá que dar alguna referencia más exacta sobre la personalidad de esa amiga suya. En un hotel como éste siempre tenemos en depósito gran cantidad de objetos perdidos.

Las mujeres sobre todo son muy descuidadas. ¿Puede usted decirme el nombre de esa señora o señorita?

—Se trata de la sobrina del profesor Addington. Señorita Lucy Addington.

— ¿Addington?

—Estuvieron aquí una sola noche.

— ¡Ya recuerdo!—dijo uno de los empleados que había estado escuchando la conversación—. Se trata de un señor que vino hace ocho o diez días y para el cual no teníamos habitación.

—No debe ser el mismo—repuso Buck—, El profesor Addington había reservado sus habitaciones, por medio de un telegrama enviado desde Washington.

—Usted perdone, teniente—contestó el hombre—. Nos referimos a la misma persona: el profesor Addington; sólo que este señor no había reservado habitaciones. Nos fue muy difícil alojarlo a él y a su sobrina.

—Quizá yo esté equivocado en ese detalle— mintió Buck— ¿Tienen ustedes el bolso?

—Sí—contestó el hombre al tiempo que sacaba el bolso de un

pequeño armario—. No se lo hemos enviado a su dueña porque desconocemos su dirección.

Buck cogió el bolso y firmó un recibo. Momentos después se encontraba en la calle, camino de su casa.

Cuando llegó habían terminado por completo las tareas de extinción. La puerta de entrada al edificio había sido devorada totalmente por las llamas, dejando una abertura ennegrecida por el humo del incendio.

El sargento jefe de la patrulla volante se dirigió hacia él en cuanto le vio descender del aero-automóvil.

—Es muy sorprendente esto, teniente. ¿Cómo demonios se ha producido el incendio?

—Me encontraba yo aquí en el instante de iniciarse. La cosa forma parte de una trama más amplia. No se preocupe más de ello, sargento.

—De acuerdo, teniente. Daré su nombre en mi informe.

—Eso es. Ya hablaré yo con el capitán

El edificio donde vivía Buck era una casa de apartamentos situada en uno de los barrios más tranquilos de la ciudad. Aunque no se había calmado totalmente la confusión provocada por el accidente, la mayoría de los vecinos habían vuelto a sus departamentos, mientras la policía procuraba disolver el grupo de curiosos que se había estacionado frente a la casa.

Buck se introdujo a través del oscuro agujero dejado por la carbonizada puerta y ganó su departamento. Cuando la puerta se cerró tras él, encendió todas las luces de las habitaciones e hizo un reconocimiento general, dispuesto a no dejarse sorprender nuevamente. Ningún enemigo acechaba en el interior de su vivienda. Cerró con llave la puerta de entrada y depositó sobre la mesa de su pequeño despacho el objeto, envuelto en un pañuelo, que había recibido de manos de su misterioso colaborador.

Con gesto rápido desenvolvió el pañuelo, dejando al descubierto el extraño objeto: se trataba de una pequeña caja plana, en una de cuyas caras sobresalían levemente dos botones, uno de color rojo y otro de color amarillo. Un cordón de unos 55 centímetros conectaba la caja con un pequeño objeto, que Buck estudió atentamente.

No cabía duda, aquel pequeño objeto era el distintivo de la Legión de Honor, que el profesor Addington llevaba en la solapa.

El negro cordón era la cosa dura que había tocado Buck involuntariamente, cuando derramó el «whisky» sobre la solapa del profesor.

Buck había jugado audazmente, a sabiendas del gran riesgo que

suponía su acción. La actitud del profesor Addington y la extraña circunstancia de llevar encima aquel misterioso aparato le habían decidido a entrar en acción, empleando procedimientos que no hubieran sido aprobados por sus superiores.

El profesor Addington era huésped de honor del gobierno de los Estados Unidos, siendo esta circunstancia una gran dificultad para realizar una investigación adecuada sobre aquellos puntos que parecían oscuros.

Buck dio varias vueltas entre sus manos al extraño objeto. Si en vez de conectarse el hilo al botón situado en la solapa hubiera terminado en un pequeño amplificador, hubiérase creído que se trataba de un aparato amplificador del sonido de los utilizados por los sordos.

Buck no sabía qué pensar de todo aquello. El aparato que tenía en las manos era totalmente desconocido para él. Quizá se tratara de un ingenioso aparato fotográfico, pero no había forma de comprobarlo. La parte principal, constituida por la caja, no mostraba la menor ranura o resquicio que permitiera intentar abrirla. En cuanto al botón de la Legión de Honor, presentaba la anomalía de ser mucho más pesado de lo que hubiera sido previsible.

Sacó una poderosa lupa de uno de los cajones de la mesa y miró detenidamente el extraño botón. En el centro del mismo divisó un minúsculo agujero, debajo del cual podía divisarse una brillante superficie cristalina, Aquel detalle lo inclinó a pensar que se trataba de un aparato fotográfico, cuyo objetivo microscópico se encontraba en el interior de aquel botón de la solapa. Los trajes del profesor Addington debían tener un pequeño agujero debajo de la solapa, a través del cual pasaría el cordón. Otro agujero en la parte interior del bolsillo de la chaqueta permitiría depositar la pequeña caja en el bolsillo, haciendo invisible el aparato, cuyo objetivo, situado en la solapa, podía ser enfocado con toda facilidad.

Estaba en estas meditaciones cuando unos discretos golpes en la puerta llamaron su atención. Con gesto rápido recogió el extraño utensilio y lo guardó en un cajón de la mesa del despacho, luego, apagó todas las luces y, sacando su pistola de bolsillo, se dirigió a la puerta, la cual abrió con cuidado.

—Soy yo, teniente.

Buck abrió totalmente la puerta y encendió la luz del recibidor. Ante sus ojos apareció la elegante figura del comandante Bishop, el cual se introdujo con gesto desenvuelto en el interior.

—Comprendo que tome usted sus precauciones, amigo Sterling. Venía a verle y me he enterado de lo que ha sucedido.

Buck le invitó a sentarse y le ofreció un cigarrillo y un vaso de «whisky».

— ¿Ha sido contra usted el atentado, verdad?

—Esta vez los tiros han sido contra mí.

El comandante hizo un gesto con la cabeza, indicando que comprendía la situación.

—Me he enterado que le han obligado a abandonar el asunto.

—Así es—reconoció Buck con amarga sonrisa—. El Gobierno ha decidido encargar la cuestión al Servicio de Contraespionaje.

—Ya lo sé. He estado hablando con el capitán Karey, que es quien lleva el asunto. Siento decirle que no estoy de acuerdo con la manera como lo enfoca el capitán. Evidentemente se trata de un asunto de espionaje, pero que no se podrá resolver por los procedimientos usuales en estos casos. Intervienen demasiados imponderables en la cuestión para que la cosa pueda llevarse adelante felizmente. El gobierno de los Estados Unidos no quiere herir la susceptibilidad de los gobiernos inglés y canadiense, y esto le ata las manos.

—Yo no he tenido otra alternativa más que obedecer la orden recibida.

Ya lo sé. Buck. Sé lo que esto supone para un hombre celoso de su deber y que cuenta con tan brillante historial. Considero que ha sido un error relevarle a usted. El asunto es muy complicado y no pueden esperarse éxitos rápidos. El hecho de que haya sufrido usted un atentado, indica claramente que los enemigos le temen. Y yo me pregunto: ¿por qué le temen, Buck?

—Yo he llegado a una conclusión semejante. ¿Qué punto sensible he conseguido tocar en mi investigación para que deseen eliminarme? Tengo que pensar profundamente en todos los pasos que he dado hasta el momento. Alguno de ellos, sin yo saberlo, me ha acercado a la pista. Yo no me he dado cuenta, pero el enemigo sí. ¿Cuál ha sido ese paso?

—Deduce usted maravillosamente, Buck.

—Hay que encontrar ese punto débil del enemigo y orientar la investigación en ese sentido.

—Me alegro que piense así. Yo venía a pedirle que no abandonara usted el caso y veo que está usted decidido a continuarlo. Tendrá que moverse sigilosamente para evitar las sospechas de sus propios jefes, pero yo estoy decidido a ayudarle.

—Gracias, comandante. Como usted decía antes, el gobierno actúa con demasiados prejuicios.

— ¿Entonces admite usted mi colaboración?

—Con mucho gusto, comandante. En la actualidad dispone usted de mejores elementos de información que yo, dentro mismo de la Policía. Al menos en este caso. Su colaboración me es imprescindible.

—Entonces, cuente usted conmigo.

—Ahora voy a enseñarle una cosa que le sorprenderá. Puesto que hemos de colaborar es preciso que intercambiemos nuestros datos y nuestras sospechas.

Diciendo esto abrió un cajón de la mesa y puso ante los ojos del comandante el extraño aparato que había estado analizando.

El comandante Bishop miró con curiosidad aquel objeto.

—Sí que es raro—comentó—. Si no fuera porque ese pequeño botón es la insignia de la Legión de Honor, diría que se trata de un anticuado aparato para la sordera.

—No he encontrado la forma de abrir la caja y no me decido a violentarla por si estropeo el mecanismo interior, pero pienso que se trata de un ingenioso aparato fotográfico.

Buck puso la lupa sobre la roseta de la Legión de Honor e indicó al comandante que mirara. —Sí—comentó éste—. Diríase que se trata de la lente de un objetivo fotográfico.

—Lo llevaré al laboratorio de la Jefatura para que analicen el aparato en cuestión.

— ¿Y de dónde ha sacado esto, Buck?

Buck miró a su amigo unos momentos antes de contestar.

—Esto pertenecía al profesor Addington.

Si la noticia causó el menor asombro al comandante, éste no lo dejó traslucir en su rostro.

— ¿Y cómo ha llegado hasta sus manos?

—Si se lo contara no podría evitar el sonrojarme—sonrió Buck.

Una mirada de inteligencia apareció en los ojos del comandante.

— ¡Caramba, teniente! Hay algo en los procedimientos americanos que siempre me ha seducido y es ese... digamos sentido práctico.

—No he tenido más remedio que proceder de esta manera. El profesor Addington está demasiado alto para que podamos acercamos a él. Sin embargo, me he visto precisado a fijar en él mi atención.

— ¿Y cuál ha sido el motivo?

Buck hizo un amplio relato de las observaciones que había hecho acerca del profesor, sin omitir el detalle del licor derramado sobre su solapa, ni la falsedad cometida por el profesor cuando dijo que había reservado habitaciones en el Hotel Continental.

—Es sorprendente todo eso que ha contado; estos hombres de ciencia suelen llevar una vida un poco arbitraria, obsesionados con los complicados problemas que bullen en su mente, pero este caso es digno de ser estudiado con mucha atención.

—Yo no sé qué misterio encierra la actitud del profesor, pero es indudable que hay alguna anormalidad en todo ello. ¿Simple rareza personal? ¿Exceso de trabajo? Si es así, ¿qué significa este extraño aparato?

— ¿Usted cree que el profesor pretende sacar fotografías del objeto de sus investigaciones?

—Eso es lo desconcertante. El profesor Addington no necesita hacer semejante cosa, puesto que es el alma y el cerebro de esta empresa. Los trabajos del asesinado profesor Andrew tienen que ser continuados y terminados por el profesor Addington, de tal modo que nadie mejor que él puede saber todo lo concerniente a la producción del motor de desintegración atómica «en frío». No tendría sentido que se espiara a sí mismo.

—Eso es indudable, Buck. Y sin embargo, ¿para qué quiere un aparato fotográfico de esta índole?

—Cabe la posibilidad de que no sea un aparato fotográfico.

—Ciertamente. Creo que es inútil seguir haciendo hipótesis. Por el momento entiendo que hemos conseguido nuestro primer triunfo y es conveniente no precipitarse.

—Tiene usted razón. Hemos de caminar cautelosamente. Usted ya sabe que cuenta conmigo para todo. Las circunstancias nos obligan a luchar contra nuestros enemigos, sin que podamos solicitar de nuestros amigos la ayuda que necesitamos.

Los dos hombres continuaron su cambio de impresiones durante un buen rato. Poco después se despedían, no sin antes haber concertado una cita para el día siguiente.

CAPITULO II

El profesor Addington era un hombre con nervios de acero. Cuando sintió que forzaban suavemente la puerta de su habitación tuvo un gesto instintivo y alargó su mano hacia el interruptor de la luz, pero casi en el acto desistió de su empeño. Se cercioró de que continuaba el suave forcejeo en la puerta de entrada y deslizó su mano hasta empuñar una pequeña, pero poderosa pistola, accionada por aire comprimido, que tenía debajo de la almohada. La habitación estaba envuelta en una oscuridad impenetrable, pues las ventanas se hallaban herméticamente cerradas, lo cual convenía perfectamente al rápido plan que se había forjado.

Sigilosamente alargó una mano hasta la mesita de noche y cogió unas gafas que se colocó con presteza. Se trataba de unas gafas de ingeniosa construcción, que emitían, por el pequeño puente que une los dos oculares, un haz de invisibles rayos alfa, que al chocar con los objetos y reflejarse eran captados por los especiales cristales de las gafas, haciéndolos visibles sin que se rompiera la oscuridad del recinto.

Estas gafas era un modelo perfeccionado por el propio profesor Addington, basándose en el principio de las gafas de luz negra, empleadas por los norteamericanos en su lucha contra los japoneses, durante la última conflagración mundial.

Protegido por la impenetrable oscuridad vio que la puerta se abría suavemente, dejando paso a un desconocido de atildada figura y sinuosos movimientos.

El profesor levantó su pistola y apuntó a aquel individuo.

El hombre fue tanteando en la oscuridad hasta que sus manos tropezaron con la percha donde estaba colgado el traje que había llevado el profesor Addington durante todo el día. Con manos afanosas fue palpando la chaqueta hasta encontrar lo que buscaba.

El profesor Addington sonrió en la oscuridad.

El desconocido ladrón maniobraba con dedos ágiles para quitar de la chaqueta el extraño aparato que hemos descrito anteriormente. Primero pasó el botón a través del ojal de la solapa, luego metió mano en un bolsillo y sacó la pequeña caja, arrastrando

tras ella el cordón y la roseta de la Legión de Honor que estaba conectada al otro extremo.

Ni un segundo dejó de apuntar el profesor a aquel intruso, pero estaba seguro de que nada tenía que temer de él en el aspecto personal. A todas luces no se trataba de un ladrón vulgar. Su objetivo no era el afán de lucro, sino única y exclusivamente aquel extraño objeto.

Sólo un hombre podía desear aquello y el profesor sabía perfectamente de quién se trataba.

El ladrón hizo un pequeño envoltorio con el pequeño aparato y se deslizó hacia la puerta, con la misma suavidad conque había hecho su entrada.

Poco después, y desde una ventana lateral, veía el profesor como se alejaba subrepticiamente el extraño ladrón.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, concentrado en sutiles pensamientos. Luego llamó telefónicamente a un desconocido interlocutor y sostuvo con él una breve conferencia, dando cuenta de lo sucedido.

—No, no—concluyó el profesor—. Hubiera podido despacharlo de un tiro sin que por ello se me hubiera exigido ninguna responsabilidad, pero prefiero jugar mejor esta baza. No pasará mucho tiempo antes de que podamos entrar en acción.

Después que hubo concluido su conversación volvió a acostarse y en sus ojos se reflejaba una profunda satisfacción.

* * *

Buck volvió a su trabajo al día siguiente, llevándose consigo el aparato que había enseñado al comandante.

Durante toda la mañana y buena parte de la tarde estuvo trabajando sin otra interrupción que los pocos minutos que dedicó al almuerzo. Cuando levantó sus ojos hacia el reloj de pared que tenía en su despacho y vio que eran las siete de la tarde, abandonó sobre la mesa el último expediente que estaba estudiando y se dispuso a abandonar el edificio de la Jefatura.

Durante todo el día había repartido su atención entre los distintos asuntos que tenía que tramitar y el más importante problema que le preocupaba.

Su especial situación respecto al caso del asesinato del profesor Andrew, le impedía utilizar el servicio de los Laboratorios de Jefatura, para desentrañar el misterio de aquel extraño aparato. Por un momento estuvo tentado de recurrir a algún profesional de la técnica electrónica, para intentar dar con el significado del

misterioso instrumento, pero desechó la idea, convencido de que la aclaración de aquel asunto le serviría de muy poco.

Por el contrario, fue acariciando una idea, que es la que se dedicó a poner en práctica. Visitaría al profesor y le devolvería el aparato Quizá la sorpresa fuera más valiosa para sus investigaciones que el simple conocimiento de lo que aquel aparato significaba.

—Voy a salir un momento—dijo a uno de los hombres de su división.

— ¿Dónde lo podemos llamar si le necesitamos?

Buck pensó durante unos segundos y luego contestó:

Voy a dos o tres sitios y no estoy seguro de donde podréis encontrarme. De todas formas tardaré poco en regresar. Si viene Donald, dile que me espere.

Decididamente salió a la calle y se dirigió en su aero-automóvil hacia la casa del profesor.

Apenas había pulsado el botón del timbre, cuando se abrió y apareció la figura sonriente del profesor Addington.

—Pase usted, teniente. Llega en un momento muy oportuno.

Buck pasó al «hall» y tomó asiento en una confortable butaca, mientras el profesor perdía unos segundos en servir unas copas.

— ¿Sucede algo, teniente? ¿Ha progresado usted mucho en sus investigaciones respecto a la muerte de mi colega el profesor Andrew?

—Yo ya no me ocupo de ese caso—contestó Buck—. El gobierno ha considerado oportuno encomendar a otros el esclarecimiento de ese crimen.

— ¡Vaya! Creo que es un error que así sea, pero supongo que habrán tenido sus motivos para ello.

Buck hizo un gesto de circunstancias, dando a entender que él opinaba lo mismo.

— ¿Entonces, cuál es el motivo de su visita? —preguntó el profesor, clavando la mirada de sus fríos ojos en los de Buck.

Buck no contestó y se llevó la mano al bolsillo, del cual extrajo un envoltorio que puso sobre la mesa. Lentamente, calculando sus movimientos y sin perder de vista la cara del profesor, fue desenvolviendo aquel pequeño fardo hasta dejar al descubierto el misterioso aparato.

Una exclamación de sorpresa se escapó de los labios del profesor Addington.

— ¿Conoce usted esto?—preguntó Buck.

— ¡Naturalmente! Esto es mío. Ya le he dicho a usted al

principio que llegaba muy oportunamente. En este instante iba a telefonear a la policía para notificarle que he sido víctima de un robo.

— ¿Era esto lo que le han robado?

—En efecto.

Buck miraba escrutadoramente la cara del profesor, esperando que un gesto lo delatara. Pero el hombre había procedido con absoluta naturalidad, sin que el más mínimo temor se reflejara en su rostro.

—Me di cuenta esta mañana de que me había desaparecido este objeto.

¿Y cómo no ha dado usted cuenta a la policía?

—Ya le he dicho que iba a hacerlo, pero mis muchas ocupaciones me han impedido ocuparme de este asunto hasta el momento presente. La cosa no tiene otra importancia que la que se deriva de la violación de mi domicilio por un desconocido. El aparato no vale mucho desde el punto de vista económico y dispongo de otro igual. Lo que más me sorprende es la ineficacia de los hombres a los cuales ha encargado usted mi protección.

—Tendré que tomar medidas respecto a eso —concedió Buck —. No vieron entrar al ladrón pero lo vieron salir. Dos de mis hombres lo siguieron para ver de localizar a los posibles cómplices, pero al parecer se trata de un robo vulgar.

—No tan vulgar, teniente. El ladrón pudo llevarse cosas de más valor, incluso el dinero que llevo en la cartera. Sin embargo, no mostró interés más que por este objeto.

—Quizá se trate de algún chiflado. Después de todo, esto es un extraño aparato fotográfico.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios del profesor Addington.

— ¡Oh, no, querido teniente! No es un aparato fotográfico. ¿Cómo demonios ha llegado usted a esa conclusión?

—Yo creía... En realidad, he prejuzgado el significado de este instrumento.

—Pues se ha equivocado usted, teniente. Este utensilio es muy útil para ciertos experimentos que tengo que realizar en la oscuridad. Se trata de un pequeño reflector, que emite un finísimo rayo de luz negra, muy útil en ciertos trabajos de laboratorio. Su utilidad consiste en lo siguiente.

El profesor Addington cogió el aparato y lo colocó en el sitio correspondiente.

—Como usted ve el bolsillo de la chaqueta tiene un agujero por

el cual puedo pasar el cable conductor, de esta manera lo hago ascender, por la parte interior de la chaqueta, hasta este otro agujero que está oculto por la solapa, y finalmente paso el botón a través del ojal. De este modo consigo tener el aparato dispuesto para actuar en cualquier momento, sin que resulte antiestético.

—Muy ingenioso—admitió Buck—. Aunque considero un trabajo excesivo la manera de instalarlo.

—Le repito que es cuestión de estética. Cada uno tiene sus gustos.

Buck tuvo que conceder que así era.

—Imagínese usted que tengo que analizar un objeto que se halle frente a mí, por ejemplo, en la posición en que usted se encuentra ahora. Con un leve movimiento del tórax procuro enfocar el botón de la solapa hacia ese objeto, como estoy haciendo ahora con sus ojos. Entonces meto la mano en el bolsillo y aprieto el conmutador.

El profesor Addington había ido realizando todas las operaciones conforme iba describiéndolas.

Buck sintió una extraña sacudida en su cerebro. Una gran palidez le invadió el rostro y todo su cuerpo se sintió agitado por un leve temblor que duró unos segundos. Sus ojos adquirieron un extraño brillo y se quedó inmóvil, con la mirada perdida en un punto lejano e indefinido.

El profesor Addington lo miró atentamente y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

Buck había adquirido una extraña inmovilidad y sus músculos mostraban cierta rigidez.

—Levanta los brazos y no ofrezcas la menor resistencia.

Buck obedeció automáticamente la orden del profesor y éste comenzó a hacerle un concienzudo cacheo. Sus largos dedos fueron palpando nerviosamente los bolsillos del policía, extrayendo los objetos que contenían, los cuales iba depositando de nuevo después de examinarlos. Por último sacó la pistola de Buck y la dejó encima de una mesa.

—Ahora escucha lo que voy a decirte: Tú no tienes voluntad y has de obedecerme. Has de obedecerme, ¿me oyes bien?

Buck hizo un vago signo de asentimiento con la cabeza.

—Tienes que abandonar la rigidez de tus músculos—ordenó el profesor—. Has de proceder normalmente. Eres Buck Sterling, no lo olvides: pero tu voluntad no te pertenece.

—Yo soy Buck Sterling—dijo el policía con blanca voz.

—Puedes moverte, puedes hablar. Te ordeno que actúes como

si no te sucediera nada.

Buck asintió con la cabeza y tanto su voz como sus gestos adquirieron una mayor naturalidad.

— ¡Perfecto!—exclamó el profesor con voz de triunfo—. Ahora siéntate aquí.

Buck obedeció la orden del profesor, sentándose en la silla que éste le indicaba.

—Así me gusta. Debes obedecerme en todo cuanto te diga. Yo te ordeno que procedas con naturalidad y tú has de proceder con naturalidad.

El profesor abandonó unos instantes a Buck para dirigirse al teléfono que estaba situado en una de las paredes laterales del «hall». Marcó un número en el teléfono y sostuvo una breve conversación con un desconocido interlocutor. Cuando volvió al lado de Buck lo encontró en el mismo sitio que lo había dejado. Sus gestos se habían hecho más naturales y nada, excepto la palidez de su cara y el brillo de sus ojos, indicaba la extraña influencia bajo la cual se encontraba.

El profesor miró la hora en su reloj de pulsera y calculó mentalmente.

—Ahora tenemos que esperar. Si alguien viniera a interrumpir nuestra agradable reunión obedecerás las sugerencias que yo pueda hacerte, ¿de acuerdo?

—Sí—respondió Buck.

—Cuando yo te lo ordene irás a la esquina de Flower Street y General Campbell. Aparcarás tu coche en un sitio poco iluminado. Dos amigos míos irán a buscarte y les acompañarás sin ofrecer la menor resistencia. ¿Has entendido bien?

—Sí, he entendido.

—Repítemelo.

Buck hizo lo que le ordenaba el profesor y éste dio un profundo suspiro de satisfacción.

Durante más de una hora continuaron los dos hombres sentados frente a frente. El profesor miraba de vez en cuando su reloj y daba algunas muestras de impaciencia. De pronto sonaron unos golpes en la puerta.

—No olvides lo que te he dicho—susurró el profesor—. Tienes que acudir dentro de una hora a la esquina de Flower Street *y* General Campbell. Pase lo que pase tienes que acudir.

El profesor, dichas estas palabras, se levantó y. con paso mesurado, llegó hasta la puerta, en el preciso momento en que se repetían los golpes.

Cuando abrió la puerta se mostró a sus ojos la atlética figura de Donald.

—Usted perdone, profesor; soy...

—Sí, lo reconozco—cortó el profesor—. Usted es el policía que capitanea el grupo encargado de mi custodia.

—En efecto—sonrió Donald—. He visto como entraba el teniente Sterling y quería hablar con él.

—No tengo ningún inconveniente—concedió el profesor—. Incluso he de decirle que en estos momentos habíamos terminado nuestra conversación y el teniente iba a despedirse, ¿no es así?

—Así es—dijo Buck con naturalidad.

— ¿He venido a molestarte, Buck?

—De ninguna manera—respondió éste—. Como bien ha dicho el profesor, en este momento iba a abandonar su grata compañía.

—Le agradezco mucho su visita, teniente. Ya sabe que para mí es siempre un placer el recibirle.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Buck abandonó la casa del profesor Addington en compañía de su amigo.

Donald miraba extrañado a su amigo, pero no se atrevía a hacerle ninguna observación, hasta cerciorarse de la primera impresión que le había causado verle.

Durante unos segundos caminaron en silencio, hasta alcanzar el aero-automóvil de Buck, que se hallaba aparcado a unos veinte metros de la puerta de entrada.

— ¿Te encuentras bien, Buck?—aventuró Donald.

—Estoy perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, pero me parece verte algo demacrado.

—No es nada. Quizá se debe a que he dormido muy mal en los últimos días.

—Es natural—dijo Donald con tono cariñoso—. Te has llevado un buen disgusto. Te aconsejo que no lo tomes tan a pecho. Tal vez el tiempo venga a demostrar que no ha sido una medida inteligente quitar de tus manos el caso del asesinato del profesor Andrew.

— ¿Y para qué me buscabas, Donald?

—La cosa no tiene importancia. He hecho la visita a Jefatura para darte mi parte diario y no te he encontrado. Me dijeron que volverías en seguida pero preferí volver a mi puesto de observación para intentar verte en otro momento. Te vi llegar y esperé a que salieras. Luego se me ocurrió preguntar por ti, pues me sorprendía tu tardanza.

—No ha sido nada de importancia—comentó Buck—. Nuestra conversación casi ha tenido un carácter particular.

—He podido observar una mayor afabilidad en el trato del profesor.

—Estos hombres de ciencia suelen ser algo raros—comentó Buck.

— ¿A dónde vas ahora?

—A Jefatura.

— ¿Te importaría que te acompañara? He quedado con mi mujer en que me llamaría a Jefatura alrededor de las nueve de la noche. Tengo al niño un poco enfermo.

— ¿Están todos tus hombres en la vigilancia?

—Sí. Yo no estaré ausente más de media hora.

—Está bien—concedió Buck—. Vamos.

Los dos hombres subieron en el aero-automóvil de Buck y se dirigieron hacia la Jefatura de policía.

Donald no dejaba de observar a su amigo, que conducía el aero-automóvil con la mirada puesta en el ingente río de vehículos que le precedían en su marcha. Era cierto que había trabajado muy intensamente los últimos días y que el disgusto que se había llevado debió afectarle profundamente, pero lo cierto era que su aspecto no podía ser más desolador. Donald lo miraba y no dejaba de sorprenderse ante el repentino cambio del aspecto de su amigo. Su cara aparecía pálida y contrastaba con el brillo de sus ojos, los cuales tenían una apariencia febril.

Durante todo el trayecto no cruzaron ni una sola palabra. Llegaron a Jefatura y se instalaron en el despacho de Buck.

—Patrik.

— ¿Dígame, Donald?

—Si llama mi mujer preguntando por mí, haz que pongan la comunicación con el despacho del teniente.

—Así lo haré—dijo el ordenanza.

Buck y Donald sé miraron durante unos segundos en silencio.

— ¿No te importará que dedique un poco de atención a los asuntos pendientes?

— ¡De ninguna manera! ¿Quieres que te ayude?

—No es necesario—contestó Buck secamente.

Donald acusó el tono de la contestación de Buck, pero prefirió no hacer ningún comentario, Después de todo, su amigo tenía motivos más que sobrados para encontrarse amargado y entristecido. El detective más brillante de la policía de Nueva York había sido postergado en un asunto sin que en realidad hubiera un verdadero motivo para ello. Los hombres que dirigían el departamento de Justicia estaban perdiendo el control en el caso

del asesinato del profesor Andrew, y Buck había sido la primera víctima.

Durante más de veinte minutos permaneció Buck con los ojos hundidos en los papeles que tenía sobre su mesa, mientras Donald se entregaba a una serie de pesimistas conclusiones.

Al cabo de este tiempo recibió la llamada telefónica de su mujer, la cual traía buenas noticias sobre el curso seguido por la enfermedad del hijo de ambos.

Mientras Donald prolongaba unos minutos la charla con su esposa, Buck no cesaba de mirar el reloj que tenía en su despacho. Faltaban diez minutos para acudir a la cita que le había ordenado el profesor, y era el tiempo que necesitaba para hacer su traslado hasta el lugar previsto.

Yo se había puesto en pie, dispuesto a dejar solo a Donald en el despacho, cuando éste terminó la comunicación con su esposa.

—Todo marcha estupendamente. Ha remitido la fiebre por completo y ha dicho el doctor que el niño estará bien en un par de días.

—Me alegro mucho de que así sea, Donald. Ahora tengo que irme.

Donald levantó los ojos hasta la cara de su amigo y vio que su palidez se había acentuado. El color de los labios había desaparecido casi por completo y había aumentado en intensidad el brillo de sus ojos.

—Buck, permíteme que te diga unas palabras.

—Ahora no tengo tiempo—dijo Buck con tono de impaciencia.

—Soy tu amigo, Buck, y me creo en el deber de llamar tu atención sobre el estado físico en que te encuentras.

— ¡Déjame en paz, Donald! Te digo que tengo mucha prisa.

—Aún así tienes que escucharme. Tú no estás en condiciones de continuar tu trabajo. No sé qué es lo que te sucede, pero te encuentro francamente mal.

Buck avanzó un paso hacia su amigo que le cortaba el camino hacia la puerta. Una sola idea le ocupaba la mente, martilleándole el cerebro con fuerza creciente: «Tenía que acudir a la cita. Tenía que acudir a la cita». El tic-tac del reloj se le iba clavando en su cerebro y excitaba su sistema nervioso hasta un punto inconcebible.

— ¡Déjame pasar de una vez o voy a...!

Donald no podía dar crédito al tono de amenaza con que su entrañable amigo había proferido aquellas palabras.

— ¡Pero Buck!

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando Buck,

con la celeridad de un rayo, descargó un formidable puñetazo en la mandíbula de su amigo, que vino a dar con éste en el suelo.

Una vez despejado el camino Buck salió como una tromba de la habitación, en busca de su aero-automóvil.

El asombro fue tal que Donald tardó en reaccionar algún tiempo. El golpe había sido premeditado y alevoso, pero Donald lo encajó sin perder el conocimiento. Sin embargo, su asombro era tan grande que permaneció sentado en el suelo sin acabar de comprender lo que había sucedido. Buck y él eran amigos desde la infancia y jamás había surgido entre ellos la menor rozadura. Los dos ingresaron en la Policía al mismo tiempo, y a lo largo de su carrera se habían prestado mutuamente servicios de los que no se olvidan nunca y sirven para hacer fraternal una camaradería entrañable. La brutal agresión de Buck no podía justificarse de ninguna manera. De pronto recordó la pálida imagen de su amigo, el anormal brillo de sus ojos, y una idea le asaltó el pensamiento: «Buck estaba enfermo; quizá se hallaba bajo los efectos de un ataque de nervios o de locura».

Le bastó este pensamiento para reaccionar en una décima de segundo. Se puso en pie de un brinco y atravesó a toda velocidad el antedespacho, para dirigirse hacia el ascensor que le llevaría hacia la planta baja del edificio.

Cuando llegó al lugar donde Buck había dejado aparcado su aero-automóvil vio que ya no se encontraba en aquel sitio. Un inmenso tráfico colaba en todas direcciones, borrando por completo alguna pista que pudiera indicarle la dirección tomada por su amigo.

Durante un minuto estuvo sin saber qué hacer, luego solicitó un transporte del parque móvil de la Policía y se dirigió de nuevo hasta el puesto de vigilancia que se le tenía asignado.

* * *

El lugar indicado por el profesor Addington se encontraba en la parte Oeste de la ciudad, alejado de las principales arterias de la misma.

Buck condujo hábilmente su aero-automóvil hasta conseguir estacionarlo en un lugar poco iluminado, a unos diez metros de la esquina formada por las calles Flower Street y General Campbell.

La calle se encontraba casi desierta en aquellas horas de la noche, y solo de cuando en cuando cruzaba el aire algún aero-automóvil que se dirigía hacia el centro de la ciudad.

Buck paró el motor de su coche y esperó. Los minutos fueron pasando lentamente sin que nada viniera a turbar la paciente

espera. Sacó un cigarrillo del bolsillo y se puso a fumar con gesto indiferente.

Desde que había llegado, los ojos de un hombre escondido en el quicio de una puerta no se había apartado de él ni un solo instante, pero Buck estaba casi totalmente indiferente a cuanto le rodeaba.

Un poderoso aero-automóvil vino de la parte Sur de la calle y descendió suavemente hasta posarse a unos metros de distancia del lugar ocupado por Buck.

Cuatro eran los hombres que transportaba el vehículo. Durante unos minutos estuvieron acechando al policía.

—Creo que no tenemos que abrigar temor alguno. El hombre se halla bajo los efectos de la onda hipnótica y obedecerá dócilmente.

—Vosotros dos—dijo el que parecía mandar el grupo, dirigiéndose a los dos hombres que ocupaban los asientos posteriores—os acercaréis y lo haréis prisionero. Llevad las armas preparadas y si se resiste haced fuego sobre él.

Los dos hombres cruzaron una mirada de inteligencia con el que permanecía escondido a pocos metros del aero-automóvil de Buck y descendieron del coche.

Se trataba de dos orientales de mediana estatura, vestidos a la europea.

Miraron en todas direcciones y, tras percatarse de que la calle estaba desierta, avanzaron silenciosamente, hasta situarse uno en cada portezuela del coche de Buck.

—Somos los amigos del profesor Addington —dijo uno de ellos —. Hemos venido a buscarte.

—Está bien—contestó Buck—. ¿Qué debo hacer?

—Échate un poco hacia allá y déjame a mí conducir el coche.

Buck se apartó hacia la portezuela contraria y el oriental se introdujo en el asiento de al lado, mientras su compañero abría la portezuela posterior y se introducía también en el aero-automóvil.

—El profesor quiere que nos obedezcas en todo, pero si acaso intentas rebelarte mi compañero te atravesará la cabeza de un balazo.

—Yo quiero obedecer al profesor—contestó Buck.

El coche fue puesto en marcha y poco después emprendía el vuelo, seguido por el otro aero-automóvil que se había estacionado unos metros más atrás.

El oriental que había penetrado en la parte posterior del coche dejó un instante la terrible pistola de aire comprimido en el suelo y sacó una pequeña esponja, que impregnó con el líquido de una botella que extrajo del bolsillo posterior de su pantalón. Sin hacer

ningún ruido se puso de rodillas detrás de Buck y con la celeridad de un relámpago le pasó un brazo por el cuello y aplicó la esponja sobre la nariz y boca de éste.

Buck se debatió instintivamente pero, inhalando los efluvios de aquel extraño líquido, perdió el conocimiento en menos de un segundo.

—Ahora ya podemos continuar tranquilos nuestro camino—dijo el hombre—.

—De todos modos no lo pierdas de vista. Aún hemos de recorrer un buen trecho y es preciso aseguramos de que el hombre no puede hacernos ningún daño.

—De acuerdo. Si despierta e intenta algo le saltaré la tapa de los sesos.

CAPITULO III

Donald pasó una noche desasosegada. La violenta actitud de Buck le había desconcertado extraordinariamente. Conforme iba pasando el tiempo se acercaba a la convicción de que su amigo Buck se encontraba bajo el influjo de una crisis nerviosa.

En distintas ocasiones llamó a la Jefatura, pero en todas ellas le confirmaron la ausencia de Buck.

Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue trasladarse a Jefatura, al objeto de tener una explicación con su amigo. Estaba decidido a obligarle a tomar alguna medida respecto a su estado físico, pero su sorpresa fue grande cuando se enteró que Buck no había vuelto por su despacho desde la última vez que ambos se encontraron en él.

Un mar de confusiones le sumió en una incómoda intranquilidad.

Fue el comandante Bishop la primera persona con quien pudo cambiar impresiones sobre el asunto.

— ¿Entonces no ha vuelto por aquí?

—No. Después del lamentable incidente que le he relatado ya no ha vuelto. He telefoneado en repetidas ocasiones a su casa pero no contesta. Hace unos minutos he enviado a uno de mis hombres personalmente para ver si se encuentra allí o no.

— ¿Y dice usted que tuvo una larga conversación con el profesor Addington?

—Así es. Yo mismo fui a interrumpirla y nos vinimos juntos a Jefatura. Lo que más me preocupa es el extraño aspecto que tenía. En cierto modo se encontraba en condiciones parecidas a las de Lucy Addington.

En aquel momento llegó el hombre que Donald había enviado al domicilio de Buck.

— ¿Qué hay, Sullivan?

—Poco es lo que he podido sacar en claro, Donald. Buck no ha pasado la noche en casa. Su cama estaba sin deshacer y los vecinos me han dicho que no lo han visto desde ayer por la mañana.

— ¿Podríamos ir a dar una ojeada por su domicilio?—preguntó

el comandante.

—Sí, el portero tiene la llave y nos conoce.

Los tres hombres se trasladaron al domicilio de Buck.

—No es raro—dijo el portero—. En muchas ocasiones el teniente ha dejado de venir a dormir por la noche. La índole de su trabajo le obliga a pasar muchas noches en blanco.

—Pero esta vez no realiza ningún trabajo que justifique su ausencia—aclaró Donald—. Estamos preocupados.

El hombre descolgó la llave de Buck.

— ¿Quieren ustedes que les acompañe?

—No se moleste—intervino el comandante—. Denos la llave.

El hombre lo hizo como se le indicaba y los tres amigos subieron a las habitaciones que ocupaba Buck.

—Aquí no hay ningún signo de violencia—comentó Donald.

El comandante Bishop comenzó a buscar detenidamente por todas las habitaciones.

— ¿Qué es lo que busca, comandante?

—Durante la noche de ayer tuve una conversación con Buck y me enseñó un extraño objeto. Se trata de una pequeña caja con un hilo eléctrico que termina en un botón de la Legión de Honor Francesa.

— ¿Y qué demonios es eso?—preguntó Donald.

—El mismo no sabía a ciencia cierta de qué se trataba. Sin embargo puedo decirles que era una pieza interesante en este rompecabezas que nos ocupa.

— ¡Ya comprendo!—exclamó Donald—. Buck no ha abandonado totalmente el caso que se le confió.

—Así es—confirmó el comandante—. Tal como se conducen las investigaciones en el momento presente, no creo que lleguen a un buen fin. Yo mismo he animado a Buck a que no abandone el asunto.

—Mucho me temo de que haya sido víctima de sus enemigos. No es la primera vez que atentan contra él, desde el aciago día en que asesinaron al profesor Andrew.

—Creo que sería interesante que le hiciésemos una visita al profesor Addington—sugirió el comandante.

—Por mí no hay inconveniente—respondió Donald—. Después de todo, fue el profesor una de las últimas personas que habló con Buck.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Uniendo la acción a la palabra abandonaron el domicilio de Buck, no sin antes intentar tranquilizar al portero y rogarle que no

hiciera comentario alguno sobre la cuestión.

Cuando los tres hombres llegaron a la casa del profesor se llevaron una desagradable decepción. Uno de los hombres que Donald tenía apostados en las inmediaciones les advirtió de que el profesor ya había salido.

— ¿Hace mucho?

—Hace unos minutos. Seguramente ha ido hacia el laboratorio. Rudy le va escoltando.

—Es un verdadero contratiempo—murmuró Donald.

— ¿Y no podríamos hacer una visita a los laboratorios?

—Eso es imposible. Las personas que tienen acceso al laboratorio van provistas de un pase especial que les franquea la entrada. Estos pases sólo puede extenderlos la comisión de energía atómica del Gobierno de los Estados Unidos.

— ¿Qué hacer entonces?

—No podemos hacer nada, comandante. Orientaremos nuestras investigaciones en otras direcciones y volveremos en las primeras horas de la noche.

Los tres hombres abandonaron, pues, aquel lugar y Donald y el comandante Bishop se dieron una cita para las siete de la tarde.

Durante el resto del día intentaron por todos los medios hacerse con una pista del paradero de Buck, pero todo fue inútil. El mismo capitán Mathews se encontraba sorprendido por la incomparecencia de Buck en su despacho de la Jefatura.

—Si no viene mañana—dijo a Donald—, daremos orden a todos nuestros hombres de que lo busquen. Buck siempre ha tenido una cabeza muy bien sentada sobre los hombros, pero no me sorprendería que haya encajado mal la situación profesional por la que atraviesa en estos momentos. ¡A mí mismo me hubiese sentado como un tiro!

Unas horas más tarde se reunía el comandante Bishop con Donald.

— ¿Ha venido ya el profesor?

—Sí. Ha entrado en casa hace unos quince minutos.

— ¿Entonces...?

—Vamos allá.

Los dos hombres salvaron el trecho que les separaba de la casa del profesor y llamaron al timbre de la puerta.

La familiar figura del profesor Addington apareció sonriente ante sus ojos.

—Pasen ustedes, pasen. Me resulta sorprendente la frecuencia con que recibo las visitas de la policía.

—Tiene usted que disculparnos, profesor. Puede negarse a recibirnos puesto que la visita no tiene carácter oficial, pero le rogamos que nos conceda unos minutos.

—No tengo inconveniente—dijo el profesor.

Los dos hombres fueron introducidos en el interior e invitados a tomar asiento en sendas butacas.

— ¿En qué puedo servirles?

Donald carraspeó un poco y expuso el móvil de su visita,

—Se trata del teniente Buck Sterling.

— ¿Le ha sucedido algo?—preguntó solícitamente el profesor.

—No sabemos nada de él desde hace veinticuatro horas. El último en verlo fui yo, cuando vine a buscarlo para ir juntos a Jefatura.

— ¿Y puedo saber qué es lo que tengo que ver yo con ello?—preguntó el profesor.

—Como Buck estuvo aquí durante un par de horas, hemos pensado que, tal vez, le dijera a usted algo que pueda darnos una pista para su búsqueda.

El comandante Bishop no había quitado la vista ni un solo instante del botón de la Legión de Honor que llevaba el profesor en la solapa de la chaqueta.

—Me sorprende un poco, profesor, la insignia que lleva usted en la solapa—espetó el comandante.

—No me extraña que le sorprenda. Su tamaño es algo mayor que el corriente. Se trata de un pequeño truco.

—Debe ser muy interesante—dijo el comandante, intentando animar al profesor.

—Se trata de un pequeño proyector luminoso que utilizo muy a menudo en mis trabajos de laboratorio. Su posición en la solapa me permite enfocarlo en distintas direcciones, sin necesidad de utilizar mis manos para ello, pues en muchas ocasiones las tengo ocupadas, manejando sustancias o instrumentos muy delicados.

— ¿Puede usted hacernos una síntesis de la conversación sostenida con el teniente ?— intervino Donald.

—Precisamente este aparato fue objeto de su visita. La noche anterior entró un ladrón en mi casa y me lo robó. Al parecer, uno de los hombres del teniente Sterling echó mano al ladrón casualmente. El teniente había visto sobre mi solapa la roseta de la Legión de Honor y vino a ver si el aparato era mío, o por lo menos para que yo le dijera de qué clase de aparato se trataba.

Las palabras del profesor desconcertaron al comandante Bishop. El cifraba sus esperanzas en aquel detalle y la explicación

del profesor lo ponía fuera de toda sospecha.

—Después estuvimos hablando de muchas cosas—contestó el profesor—. Le dije al teniente que esperaba una llamada telefónica de mi sobrina y se empeñó en quedarse para poderla saludar. Cosas de jóvenes—sonrió.

— ¿Cómo se encuentra su sobrina?—preguntó Donald cortésmente.

—Parece que va mejor. Le sentó muy mal el cambio experimentado al trasladarse de Inglaterra a este país. Por cierto que ayer no se produjo la llamada que esperaba. Esta noche telefonearé yo a casa.

Donald y el comandante Bishop no tardaron en percatarse de que la visita hecha al profesor no les acercaba a ninguna conclusión.

—Siento mucho haberle molestado, profesor—dijo Donald al tiempo que se levantaban—. Le ruego a usted que nos disculpe.

—La cosa no ha tenido ninguna importancia. Era natural que se preocuparan ustedes por la situación de su amigo. Yo mismo estaba algo preocupado.

— ¿Por qué motivo, profesor?—preguntó el comandante.

—No podría precisarlo con exactitud, pero encontré un poco anormal la actitud del teniente.

—Era lógico que viniese a entregarle el aparato que le fue sustraído.

—Eso sí—respondió el profesor—. La extrañeza me la produjo alguna frase incoherente que sorprendí en su conversación. Parecía estar muy nervioso. Su cara estaba muy demacrada y sus ojos tenían un brillo extraño.

—Eso mismo pude observar yo—añadió Donald—. Es ese detalle el que me llena de más honda preocupación. Buck atraviesa un momento psicológico difícil y temo que cometa alguna locura. Yo mismo tengo muestras de que se encuentra en un estado anormal.

—Siento que confirme usted mis sospechas —dijo el profesor—. A veces no se atreve uno a emitir un juicio por temor a equivocarse, pero veo que no era una simple aprensión mía.

Donald hizo un breve relato de la violenta escena que había mantenido con Buck, y sus palabras despertaron un eco de conmiseración en el profesor.

—No sería nada extraño que ese hombre estuviera abocado a una locura transitoria. A veces, los espíritus mejor templados reaccionan desordenadamente ante determinadas circunstancias. El teniente Sterling ha sido el niño mimado de la policía; sus

constantes y brillantes éxitos le habían situado en un puesto privilegiado dentro de este organismo. Su primer fracaso ha debido producirle un inmenso dolor.

—Dios quiera que nuestros temores sean infundados—exclamó Donald—. Aunque, por otro lado, sólo una cosa semejante a la que tememos ha podido hacer que Buck modificara tan radicalmente su comportamiento.

—Espero que todo se resuelva a la medida de nuestros deseos —replicó el profesor hipócritamente—. Sé que a mi sobrina le causaría una deplorable sensación el que le sucediera algo desagradable al teniente Sterling.

Donald y Bishop dieron por terminada la conversación y se pusieron de pie dispuestos a despedirse.

—No queremos molestarle más, profesor. Espero que se haga usted cargo de que nos hemos visto obligados a molestarle.

—Tranquilícese usted, Donald. Para mí ha sido un verdadero placer poder colaborar modestamente en sus pesquisas. Lo único que siento es no haber podido arrojar más luz sobre este asunto.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, acompañados solícitamente por el profesor.

—Les agradeceré que me den noticias del teniente Sterling, si consiguen dar con su paradero.

—Así lo haré—prometió Donald.

Los dos hombres estrecharon la mano del profesor y poco después ocupaban el aero-automóvil que había llevado el comandante a la cita concertada con Donald.

— ¿A dónde lo llevo, Donald?

—He de pasar por Jefatura. ¿Le importa dejarme allí?

—Lo haré con mucho gusto. Además quiero pedirle que me haga usted un favor.

Donald vio como el comandante sacaba de su bolsillo un cigarrillo a medio consumir.

—Es del profesor. Ahí deben ir las huellas de sus dedos. ¿Quiere ver si el profesor tiene algún antecedente criminal?

— ¡Pero comandante!

— ¡Quién sabe! Tal vez en su juventud...

CAPITULO IV

Cuando Buck abrió los ojos se encontró acostado en una cama de una habitación sin ventanas. Una pequeña y blanca puerta daba acceso a la misma, y un lejano y sordo rumor, que no podía precisar, llegaba a sus oídos.

No recordaba nada de lo que le había acontecido en las últimas horas. Se levantó y examinó detenidamente la puerta, la cual se encontraba herméticamente cerrada, sin que pudiera encontrar ni el menor vestigio de la cerradura. Las paredes de la habitación estaban constituidas por sólidos muros, imposibles de derribar. Anduvo por el interior de la habitación, como una fiera enjaulada, mientras volvía totalmente a la consciencia. Una pesada bruma caía sobre su cerebro, sin que le permitiera conectar con su inmediato pasado. De todos modos, no era difícil colegir que se hallaba prisionero.

Volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos, para concentrar sus ideas. Poco a poco fue recordando los últimos acontecimientos de los que tenía conciencia: Había estado a ver al profesor Addington, al objeto de mostrarle el extraño aparato que le había sido sustraído de su chaqueta. Recordaba la cara afable del profesor, en complacencia en explicarle el funcionamiento de aquel aparato, e incluso recordaba el momento en que fijó sus ojos en la roseta de la Legión de Honor que llevaba el profesor en la solapa. Después de esto, las tinieblas más impenetrables envolvían su mente.

Durante más de una hora estuvo esforzándose en rehacer su inmediato pasado, sin conseguirlo. Revolvió mentalmente, minuto a minuto los dos últimos días de los cuales, se acordaba totalmente. Esperaba que el ejercicio mental le llevara a conectar con aquel vacío incomprensible, pero todo fue inútil: Sus recuerdos se interrumpían bruscamente ante la imagen del profesor Addington.

El tiempo fue pasando sin que nada viniera a turbar su soledad; sólo aquel lejano rumor, apenas perceptible, rompía la monotonía de su espera.

Por último, dio con la explicación de aquel rumor:

Indudablemente se trataba del mar. El mar golpeando blandamente contra las rocas, con ese rumor inconfundible de coloso que respira acompasadamente después de un esfuerzo.

¿Qué podía significar aquello? ¿Por qué se encontraba allí y, quiénes eran los que le habían llevado?

Pasó revista a los objetos que llevaba en los bolsillos y se apercibió que nada le faltaba, excepto la pistola. Aquel era un síntoma indudable de que sus aprehensores habían procedido contra él violentamente. En estas condiciones, decidió esperar a ver lo que le traían los acontecimientos.

Pero no tuvo que esperar mucho: Unos minutos más tarde oyó un chasquido metálico y la puerta de su habitación se abrió lentamente. Dos hombres, cuyo color de la piel y la configuración de los ojos los delataban como de origen oriental, se introdujeron en la habitación, apuntándole con dos poderosas pistolas.

—Estate quieto y no intentes moverte. Si haces un movimiento sospechoso, dispararemos sobre ti.

Buck obedeció la orden y miró de soslayo a los dos hombres.

— ¿Puedo saber qué es lo que pretenden de mí?

Un tercer hombre, de pelo rubio y ojos azules se introdujo en aquel momento en la habitación y contestó a la pregunta de Buck.

—Supongo, teniente, que se habrá percatado de que es usted nuestro prisionero.

—De lo que estoy seguro—respondió Buck—, es que me hallo frente a una partida de delincuentes. Exijo que se me ponga inmediatamente en libertad.

El hombre sonrió sin inmutarse.

—No está usted en condiciones de exigir nada, teniente y, le aconsejo que obedezca dócilmente nuestras instrucciones, si no quiere usted experimentar graves consecuencias.

Buck iba a contestar violentamente a las palabras de aquel hombre, pero se contuvo y decidió esperar.

—Atadle las manos—ordenó el hombre a los dos sicarios que se habían introducido primeramente en la habitación.

Los dos hombres se acercaron a Buck y uno de ellos sacó unas esposas magnéticas con las que intentó aprisionar las muñecas del detective, pero Buck, con un movimiento rapidísimo, descargó un formidable puñetazo a la mandíbula del hombre, haciéndole rodar por el suelo. Aprovechando la sorpresa que su acto había producido, se revolvió contra el otro oriental y lanzó un puñetazo a su estómago, que éste encajó admirablemente. El oriental reaccionó con gesto rápido y, con el filo de la mano abierta,

descargó un golpe contra el cuello de Buck. Afortunadamente, la precipitación le impidió medir bien su gesto y la dura mano cayó sobre el hombro del detective, produciéndole un agudo dolor. Ya iba el oriental a descargar nuevamente su mano sobre el cuello de Buck, cuando éste disparó su puño izquierdo contra la cara de su enemigo, el cual perdió el equilibrio, viniendo a chocar contra la pared.

Buck se volvió rápidamente e inició un movimiento para dirigirse al hombre rubio que se había quedado en la puerta, pero una voz de éste le detuvo en seco:

— ¡Quieto! ¡Un paso más y lo mato!

Las palabras del hombre estaban avaladas por la pistola que esgrimía en su mano derecha. Durante una fracción de segundo calculó Buck las posibilidades que tenía de abalanzarse sobre su adversario, y vio que eran totalmente nulas: Les separaba una distancia de unos seis metros, que no hubiera podido sortear sin recibir en su cuerpo un par de disparos del arma esgrimida por aquel hombre.

—Así es mejor—dijo el mismo, con voz calmosa—, y le advierto una cosa, teniente: A mí no me sorprenderá como a esos dos estúpidos. Esta vez le he advertido; si intenta una nueva jugarreta, mi advertencia será un balazo en la cabeza.

Los dos orientales fueron volviendo en sí y se pusieron en pie.

—Ponga las manos a la espalda—ordenó el hombre rubio.

Buck obedeció lentamente la orden.

—Atadle ahora. Si intenta el menor movimiento, acabaré con él.

El hombre que había pretendido primeramente aprisionar las muñecas de Buck, volvió de nuevo a su tarea. En cada una de las muñecas pusieron una argolla que al juntarse se trabaron fuertemente, por un efecto magnético.

—Vosotros dos marchad delante. Yo iré detrás.

Los dos hombres atravesaron el dintel de la puerta y Buck, a una indicación hecha con la pistola por el hombre rubio, les siguió con mesurado paso. Durante unos minutos caminaron por una serie de pasillos y escaleras, que terminaron en una espaciosa sala equipada a la manera de un laboratorio médico.

Un hombre con bata blanca se encontraba de espaldas, manipulando algunos instrumentos sobre uno de los bancos del laboratorio. Durante unos minutos continuó su trabajo sin prestar la menor atención a los recién llegados. Luego se volvió y miró con ojos escrutadores a Buck.

Se trataba también de un oriental. Era un hombre enjuto de

carnes, de frente despejada y ojos brillantes. Una barba puntiaguda y poco poblada le llegaba hasta la mitad del pecho y unas gafas montadas en oro descansaban sobre su nariz. Sus ademanes eran tranquilos e insinuantes, dando la sensación de una pantera dispuesta a saltar en cualquier momento.

—Aquí está el hombre—dijo el jefe del grupo—. Ha estado a un milímetro de que le saltara la tapa de los sesos, pues ha pretendido agredirnos.

El oriental miró largamente a Buck y una suave y amenazadora sonrisa apareció en sus labios.

El cachorro occidental cree que está todavía en el cubil de sus congéneres—. Le advierto, teniente, que su vida no tiene ninguna importancia para mí, de tal modo que no tendré inconveniente en acabar con sus sufrimientos si vuelve a intentar algún acto violento.

—Tal vez mi vida no tenga importancia para usted, —contestó Buck gallardamente—, pero sí la tiene para las autoridades de mi pueblo. Le aconsejo que me ponga inmediatamente en libertad y que se preparen a expiar el delito que han cometido al raptarme. Cuanto más lejos vayan las cosas, más dura tendrá que ser la condena.

—Admiro su valor, teniente, pero me asombra su ingenuidad. Le aconsejo que se ponga a mi entera disposición, si quiere evitarme mayores molestias.

— ¿Y qué es lo que quieren de mí?—preguntó Buck.

—No es gran cosa. Hasta ahora es usted una incógnita para nosotros, y lo único que queremos es que deje de serlo.

Buck hizo un gesto de no comprender qué significaban aquellas palabras. El oriental hizo una seña a los guardianes de Buck y éstos lo sentaron, casi a viva fuerza, en un pequeño taburete que se hallaba en el centro de la habitación.

— ¿Qué sabe usted de la muerte del profesor Andrew?

Buck no pudo evitar un gesto de sorpresa, que se traslució en su cara.

—Le sorprende mi pregunta, ¿verdad?—preguntó el oriental calmosamente—.

—Hasta ahora sabía muy poco de la muerte del profesor Andrew —contestó Buck—, pero creo que empiezo a tener ideas claras sobre el asunto.

—Me alegro de que así sea, —replicó el oriental—. ¿Y cuáles son esas ideas?

—No tengo inconveniente en decírselo—contestó Buck—. El profesor Andrew ha sido asesinado por hombres que pertenecen a

la organización criminal llamada «Los Hijos de la Mañana», organización a la que usted pertenece, indudablemente, quizá como uno de los jefes.

El oriental sonrió.

—Su deducción es exacto, teniente. Pero no es eso precisamente lo que yo le pregunto. Quiero saber con exactitud qué es lo que conoce de nuestra organización en Nueva York; hasta dónde han llegado sus investigaciones; cuáles son las sospechas que tiene y hasta qué extremo la policía puede hallarse sobre una pisto.

—Ahora soy yo el sorprendido por su ingenuidad—contestó Buck—. ¿Cree que le voy a contestar a cuanto me ha preguntado?

—Suponía que no lo haría, teniente. Es usted menos inteligente de lo que parece.

—Y usted mucho más criminal de lo que parece—contestó Buck.

—Eso es cuestión de apreciaciones. Si usted fuera inteligente, no se negaría a contestar: Disponemos de medios más que sobrados para conseguir que usted haga una declaración total.

—Siempre será para mí un placer el procurarles cualquier molestia—replicó Buck con una sonrisa—. Si realmente disponen de esos medios, pueden emplearlos.

—Está bien—contestó el oriental sin inmutarse.

Hizo una seña a los dos hombres, que se habían colocado uno a cada lado de Buck, y éstos lo levantaron a viva fuerza para volverlo a sentar en un sillón parecido al que se empleaba en la Jefatura de Policía para aplicar el detector de mentiras.

—Me veo precisado a proceder con usted de esta manera. Tal vez no conozca usted este aparato, pero es una mezcla del detector de mentiras y del suero de la verdad. Mediante él, conseguiremos sumirlo en un sueño hipnótico y sabremos con certeza todo cuanto guarda en su mente.

Buck intentó forcejear, pero ya los dos orientales lo habían amarrado fuertemente al sillón por medio de unas poderosas correas.

El extraño oriental que capitaneaba aquel grupo se aproximó a Buck con una sonrisa y ajustó a su cabeza un extraño casquete metálico conectado, por medio de un cordón, a un complicado aparato que había adosado a la pared.

—El procedimiento es muy sencillo, querido teniente. Nosotros no tenemos tantos escrúpulos como ustedes para arrancar una confesión a un prisionero. El fin justifica los medios y nuestros fines no pueden detenerse ante un asunto tan sin importancia.

Buck intentó decir unas palabras de desprecio a aquel hombre, pero no tuvo tiempo. El oriental había alargado una mano y hecho una conexión en el extraño aparato que había a espaldas de Buck.

Cuando éste volvió en sí se encontraba en el mismo sitio. La cabeza le daba vueltas y la luz que hería sus ojos le molestaba terriblemente.

—Pronto pasará todo ello—decía el oriental con el que estaba dialogando antes de perder el conocimiento—. Ahora se halla sobreexcitado por la onda magnética que hemos descargado sobre su cerebro. Usted siente un pequeño mareo y sus ojos han adquirido una momentánea fotofobia; pero pronto pasará.

Las cosas sucedieron tal como había previsto aquel hombre. Buck fue recobrando la noción exacta de las cosas y sus ojos se normalizaron, hasta el extremo de que pudo ver con normalidad a todos los que le rodeaban.

—No es usted tonto, teniente—dijo el oriental—. Rectifico la apreciación que hice de su inteligencia, hace media hora. Sus sospechas no van mal encaminadas. ¿Así que sospecha usted del profesor Addington?

Buck no contestó a la pregunta.

—Qué lástima—continuó el oriental— que no pueda usted continuar sus investigaciones. Hubiera sido el éxito más brillante de su carrera.

—Las fuerzas encargadas de la seguridad de los pacíficos ciudadanos no están concentradas únicamente en mi persona. El trabajo que yo no pueda realizar lo harán otros. Quizá yo no viva lo suficiente para verlo, pero estoy seguro de que usted y sus colaboradores acabarán sentándose en la silla eléctrica.

El delgado oriental lanzó una pequeña carcajada.

—El que yo me tenga que sentar en la silla eléctrica es cosa que todavía tendremos que ver. De lo que sí que puede estar seguro es de que usted no vivirá lo bastante para verlo.

Buck recibió aquellas palabras sin pestañear.

—Me gusta que lo tome así, teniente. No hay nada que aprecie más en los hombres que el valor y usted es un hombre valeroso. Estoy seguro de que sabrá morir dignamente. Siempre me ha molestado ver morir a los cobardes.

En aquel momento irrumpió en la sala un nuevo personaje, hacia el cual dirigió Buck sus ojos. Su sorpresa no tuvo límites y debió reflejarse en su rostro, por cuanto el diabólico oriental que capitaneaba aquel grupo de delincuentes hizo alusión a ello.

— ¿Se sorprende usted, teniente? He queda a usted muy poco

tiempo de vida. De no ser así, tendría ocasión de sorprenderse mucho más.

El hombre que había entrado en la habitación era el propio profesor Addington. Quizá se encontraba algo cambiado. Su cara tenía una mayor palidez que la última vez que lo vio, y sus ojos fulguraban febriles.

—No puedo continuar trabajando—dijo el profesor Addington—. Se ha estropeado uno de los cerebros electrónicos y es preciso que lo reparen.

—Está bien, profesor—contestó el oriental con indiferencia—. El aparato será reparado, aunque tardaremos algunos días en conseguirlo. No podemos arriesgarnos a que venga algún técnico de la odiosa raza blanca. Haremos venir a uno de nuestros técnicos.

—Lo importante es que se resuelva cuanto antes la cuestión—replicó el profesor—. Los trabajos están ya muy adelantados y necesito algunas soluciones teóricas antes de dar el último toque.

— ¿Ha leído usted la última información recibida?

—Sí. —Dijo el profesor—. Hay dos o tres errores que es preciso enmendar rápidamente. Comuniquen al laboratorio que la masa crítica del uranio debe disminuirse en un veinticinco por ciento Una vez que hayan hecho la prueba con la nueva masa crítica, que me envíen rápidamente el informe con los resultados.

Buck había asistido en silencio a aquel diálogo y una oleada de indignación hizo que la sangre se le agolpara en las sienes, latiendo con ritmo acelerado.

— ¡Es usted un miserable, profesor Addington!—escupió con sorda voz.

El profesor Addington se volvió hacia su interlocutor y le lanzó una mirada indiferente.

—Sí. Es usted un miserable, profesor. No comprendo cómo un hombre de su categoría científica se presta a colaborar con una pandilla de criminales.

— ¡Pronto—ordenó el oriental secamente—, lleváoslo de aquí!

Los dos sicarios que lo habían traído hasta el laboratorio volvieron a hacerse cargo de Buck, para trasladarlo a su encierro, pero esta vez tomaron la precaución de aprisionarle las piernas colocándole en los tobillos dos de aquellas anillas magnéticas. Luego lo cogieron de las axilas y de os pies y lo sacaron de la habitación, bajo la mirada indiferente del profesor Addington.

Un minuto después volvían a depositarlo en la cama que ocupaba poco antes y la puerta se cerraba automáticamente,

dejando a Buck sumido en profundas y desesperadas cavilaciones.

CAPITULO V

Buck perdió la noción del tiempo, encerrado entre las cuatro paredes de aquella habitación. Quizá se encontraba dos o tres días allí, pero no podía precisarlo.

Había estudiado minuciosamente la habitación en la que se hallaba encerrado y llegó a la conclusión de que era imposible escapar de ella. Las paredes eran de estructura muy sólida y la puerta, que se abría y cerraba automáticamente, estaba construida con duro acero, haciendo imposible toda escapatoria.

No se hacía muchas ilusiones sobre cuál era el porvenir que le deparaban sus enemigos. El extraño oriental con el que se había enfrentado en el laboratorio había aludido claramente a su próximo fin y Buck no dudaba de que llevaría a cabo su amenaza.

Al parecer, aquellos hombres estaban preocupados por lo que Buck pudiera saber con respecto a la conjura que tramaban. Hubiera sido fácil eliminarlo, asesinándolo alevosamente. Pero debían temer que Buck hubiera comunicado sus sospechas a sus jefes. Esto es lo que había determinado que se decidieran a raptarlo, para someterlo a los efectos de aquel aparato sondeador de la conciencia y poder saber, así, a qué atenerse.

Ahora ya estaban seguros de que con su muerte eliminaban el mayor obstáculo en la prosecución de sus planes. Vivo representaba un serio peligro para aquellos malvados, por lo tanto era cierto que intentarían eliminarlo.

Lo que no podía comprender era cómo el profesor Addington se había prestado a colaborar con aquella secta, cuyos objetivos tendían a imponer el predominio de la raza amarilla sobre todos los demás pueblos de la Tierra.

El profesor Addington era uno de los sabios más famosos del mundo. Gozaba de toda clase de privilegios y atenciones y poseía una fortuna que lo ponía a salvo del soborno. ¿Cómo podía, pues, haberse prestado a desempeñar tan miserable papel?

Esta pregunta le martilleaba el cerebro sin que pudiera encontrar una respuesta medianamente satisfactoria.

Su pensamiento volaba también hacia Lucy Addington, la

sobrina del profesor, a quien amaba apasionadamente y la cual tendría que verse envuelta en una nube de amargura cuando, tarde o temprano, cayera el profesor Addington en manos de la Justicia.

Sus raptores debían haberle llevado a algún lugar de la costa de los Estados Unidos, pues el ruido del mar llegaba indistintamente a sus oídos, a través de los muros de su encierro.

Su mente no cesaba ni un instante de pensar en todas estas cosas, atormentándolo en la soledad en que se encontraba.

Desde que habían hecho con él la experiencia con el sondeador de la mente, no había vuelto a ver a ninguno de sus enemigos. Tal vez pensaban dejarlo perecer de hambre en aquella mazmorra. Su situación era desesperante pero todavía lo era más la incertidumbre en que vivía.

Tenía que buscar la manera de escaparse de allí. Estaba dispuesto a perder su vida si llegaba el caso, pero le atormentaba la idea de llevarse con él su secreto. El profesor Addington era un traidor. El Gobierno de los Estados Unidos había puesto en sus manos uno de los secretos más grandes de todos los tiempos, había puesto a su disposición un inmenso laboratorio y dinero sin tasa para realizar sus experiencias; y todo este trabajo y todo este esfuerzo iría a parar a manos de los feroces enemigos de la raza blanca. Jamás un plan había sido concebido tan diabólicamente.

Sabedores de que la muerte del profesor Andrew traería consigo la designación del profesor Addington para reanudar el importante proyecto, habían procedido al asesinato del primero y colocando a un prosélito de los «Hijos de la Mañana» en el puesto de máxima responsabilidad de este proyecto.

Jamás la organización asiática hubiera contado con los medios suficientes para conseguir la fabricación del motor atómico de desintegración «en frío», pero ahora disponían de los inmensos recursos del pueblo norteamericano, para conseguir tan extraordinaria presa. Una vez que dispusieran del prototipo de dicho motor, podrían dar a sus armas una eficacia ilimitada que les permitiría, en pocos años, disponer de un material ofensivo capaz de darle la victoria en su fanática lucha contra la raza blanca. Era, quizá, aquel invento, la baza con que contaban para decidir a algún gobierno, de los grandes países asiáticos, a asumir la jefatura oficial de la fanática lucha que preconizaban «Los Hijos de la Mañana».

Aunque Buck no había probado bocado desde hacía muchas horas, su forzosa inmovilidad le había permitido conservar la mayor parte de sus energías. Dudaba que tuviera ocasión de emplearlas, pero debía estar dispuesto si se le presentaba la menor

oportunidad.

Esta no tardó en presentarse. Precedida por un chasquido metálico la puerta comenzó a girar sobre sus bien engrasados goznes, dando paso al hombre de pelo rubio y a los dos sicarios que le habían acompañado la vez anterior.

—Siento mucho que nuestra hospitalidad no haya sido muy de su agrado, querido teniente, pero estamos dispuestos a terminar muy pronto con sus incomodidades.

Buck no contestó a las palabras de aquel hombre y tomó buena nota de la ironía con que habían sido pronunciadas.

—Desatadle los pies.

Uno de los sicarios se aproximó al lecho donde se encontraba tendido Buck y aplicó un pequeño aparato eléctrico a las conectadas argollas que aprisionaban sus tobillos. Al parecer había creado un campo magnético de signo contrario y las dos argollas se separaron.

—Quítaselas—ordenó el hombre—. Al andar podrían conectarse de nuevo y eso dificultaría nuestra marcha.

El oriental obedeció las órdenes y Buck se veía poco después libre de aquellas molestas ataduras.

Entre los dos hombres le obligaron a ponerse de pie y, bajo la amenaza de la pistola del hombre de pelo rubio, fueron saliendo hacia el exterior.

Buck intentó tomar nota mental de los sitios por los cuales iba pasando, pero fue tal el dédalo de pasillos y escaleras que tuvo que pasar, que acabó por desorientarse.

Uno de los dos orientales abrió una pequeña y maciza puerta y un soplo de aire fresco y con olor a salitre vino a dar en la cara de Buck.

—Vosotros dos iréis delante—ordenó el hombre que dirigía aquel grupo—. Si alguien se cruza en nuestro camino me avisaréis.

Buck, empujado por la pistola que aquel hombre apoyaba en su espalda, comenzó a caminar por un quebrado terreno rocoso. Las sombras de la noche habían descendido sobre aquellos parajes, protegiendo con su manto de oscuridad los fines delictivos de aquellos seres.

Durante más de media hora siguió aquella fantástica marcha. El rumor del mar indicaba a Buck que seguían un camino paralelo a la costa, costa rocosa y acantilada, donde el mar golpeaba incesantemente las altas paredes de roca viva. Con las manos aprisionadas a la espalda procuraba poner toda su atención en su caminar, para evitar caer al suelo en aquel terreno quebradizo.

Por fin se detuvieron. El hombre rubio lanzó una mirada a su alrededor y pareció estar satisfecho.

—Este es un buen sitio—dijo a sus hombres—. Alejaos un poco hacia la derecha y vigilad si se acerca alguien. Cuando oigáis el disparo venid a reuniros conmigo.

Los dos hombres hicieron lo indicado y fueron tragados por la oscuridad.

El hombre de pelo rubio empujó con su pistola a Buck y éste avanzó unos pasos hasta encontrarse al borde mismo de una pared rocosa, de unos cien metros de altura, que caía verticalmente sobre el mar.

La mente de Buck trabajaba a toda velocidad. Sabía que se encontraba a pocos segundos de la muerte. El plan concebido por aquellos diabólicos hombres era perfecto en su sencillez: le dispararían un tiro y caería al mar, donde difícilmente se encontraría su cuerpo. Sus músculos estaban tensos y tenía los cinco sentidos bien despiertos, dispuesto a jugar su última carta. Sabía que la única posibilidad de salvarse duraría apenas un segundo pero estaba dispuesto a aprovecharla.

De pronto sintió que la presión de la pistola sobre su espalda se aflojaba. Aquel era el momento para intentar una jugada desesperada. Buck había confiado en que el hombre levantaría la pistola hasta su cabeza, para hacer un disparo certero, y era aquel el momento que tenía que aprovechar.

Con la celeridad de un rayo se dejó caer en el suelo, mientras sus piernas se trababan con las del hombre que tenía a sus espaldas. Este fue sorprendido por la rápida maniobra de Buck y su arma quedó apuntando al vacío.

Buck había apoyado los codos en el suelo e imprimió a su cuerpo un movimiento de giro, haciendo palanca con sus piernas en las piernas de su contrario. El hombre no tuvo tiempo de reaccionar y su cuerpo se precipitó hacia el mar amenazador, mientras su mano, crispada instintivamente, apretaba el gatillo de la pistola y un disparo rasgaba el silencio de la noche, repartiendo su eco fatídico por entre las escarpaduras del acantilado.

Fue casi milagroso que Buck no fuera arrastrado por la caída de su contrincante. Sus piernas quedaron colgando en el vacío y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para conseguir instalarse de nuevo en tierra firme.

Con rápido gesto consiguió ponerse en pie y abandonó velozmente el siniestro lugar.

Los dos orientales no tardarían en volver y era preciso alejarse

de allí a toda costa. Con rápidos y silenciosos pasos fue metiéndose tierra adentro, desviándose del camino que seguirían los dos esbirros.

El hecho de llevar las manos atadas a la espalda le restaba estabilidad y de cuando en cuando caía al suelo, produciéndose gran cantidad de pequeñas heridas. Pero nada detuvo su marcha. Una idea obsesiva llenaba su mente: alejarse de aquel lugar a toda costa.

Durante más de dos horas continuó su fuga desesperada. Debía encontrarse en un paraje bastante solitario, pues no vio ninguna luz, ni nadie a quien poder pedir auxilio se cruzó en su camino.

Ya se encontraba al borde de sus fuerzas cuando el naciente sol empezó a despejar las sombras de la noche.

Sus ojos miraron desorbitadamente en todas direcciones, ansiando descubrir algún signo de civilización. El paisaje le era totalmente desconocido y no podía colegir en qué parte de los Estados Unidos se encontraba. A pesar de su desfallecimiento continuó caminando. Su cuerpo sangraba por mil pequeñas heridas y los ojos se le nublaban a consecuencia del esfuerzo, pero estaba convencido de que tenía que continuar.

Probablemente sus enemigos estarían buscándole y esta vez no podría escapar a su venganza.

Por fin divisó en la lejanía la silueta de un pequeño pueblo. Se detuvo unos instantes y aspiró profundamente el aire de la mañana para dar a sus músculos una última inyección de fuerza, luego continuó su camino haciendo un sobrehumano esfuerzo de voluntad.

Cuando llegó a las puertas del pueblo sus fuerzas le abandonaron totalmente y cayó al suelo. Oyó un confuso rumor de voces y sus nublados ojos vieron las caras asustadas de algunos habitantes de aquel villorrio.

Buck cerró los ojos y respiró fatigosamente. Un cansancio invencible le tenía clavado en el suelo ante los ojos asombrados de los pueblerinos. Luego oyó unas pisadas precipitadas y una voz autoritaria que se abría paso entre los temerosos curiosos que le rodeaban.

—Este hombre está medio muerto. ¡Pronto, llamen al doctor Hoskins!

Alguien se arrodilló a su lado y acercó a sus labios de una botella de «whisky». Buck abrió los ojos y su sorpresa no tuvo límites.

¡Inclinado sobre él, vio la inconfundible silueta de un uniformado

policía de Scotland Yard!

CAPITULO VI

Cuando Buck volvió a la consciencia se encontró en una blanca habitación, cuyo aspecto parecía indicar que pertenecía a un hospital.

Durante unos segundos se encontró desconcertado, pero pronto vino a su memoria el recuerdo de la pesadilla que había vivido últimamente. Intentó incorporarse en la cama, pero una armoniosa voz femenina lo detuvo con unas palabras.

—No se esfuerce usted ahora.

Buck volvió la cabeza y vio junto a su lecho a una enfermera que lo observaba con atención.

— ¿Puedo saber dónde estoy?

—Se encuentra usted en el Hospital Municipal.

Buck guardó silencio durante unos segundos y sintió que sus fuerzas iban renaciendo.

— ¿Hace mucho tiempo que estoy aquí?

—Dos días—contestó la enfermera con una sonrisa.

— ¡Caramba!—exclamó Buck—. ¿Tan grave es lo que tengo que he estado dos días sin conocimiento?

La enfermera sonrió ante las palabras de Buck.

—No es nada grave lo que usted tiene; solamente un gran agotamiento físico y gran cantidad de pequeñas heridas sin importancia. Los dos días no se los ha pasado usted sin conocimiento, sino durmiendo.

Buck dio un suspiro de satisfacción y estiró sus miembros para desperezarse.

— ¿Cree que podrá tomar usted algún alimento?

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Buck.

—Me siento capaz de comerme a un elefante. Tengo hambre atrasada de no sé cuántos días.

La enfermera salió de la habitación y volvió poco después con una bandeja en la que llevaba una abundante comida.

—Usted puede comer de todo. Su único problema consiste en recuperar las fuerzas que ha perdido. ¿Cómo ha podido usted agotarse a tal extremo? Cuando lo trajeron aquí tenía usted el más

lamentable aspecto que he visto en mi vida.
Buck prefirió no contestar a la pregunta de la solícita mujer y sonrió con gratitud.
—Creo que debe usted entonarse el estómago primeramente. Tómese esta taza de caldo y hágalo a pequeños sorbos.
Buck obedeció a la simpática mujer y tomó lentamente el contenido de la taza que le había alargado.
—Bien. Ya he terminado el prólogo—dijo sonriendo—. ¿Puedo entrar a fondo en el asunto?
La mujer asintió con una sonrisa y Buck atacó enérgicamente las viandas de la bandeja, de las que dio buena cuenta en un tiempo record.
— ¡Qué espléndido apetito!—se asombró la enfermera—. En todo el tiempo que estoy de servicio en este hospital londinense no había visto comer a nadie de una manera semejante.
—Siento no haber procedido con mucha etiqueta—sonrió Buck —pero puedo asegurarle que tenía un hambre verdaderamente voraz.
La enfermera le tomó el pulso y mostró su satisfacción.
—Creo que le ha sentado admirablemente. Tardará en sentirse bien todo el tiempo que tarde en hacer la digestión. Tiene usted una fuerte naturaleza y el reposo le ha recuperado casi totalmente.
En aquel instante entró el doctor encargado de la dirección del establecimiento.
— ¿Cómo va nuestro hombre?
—Se ha despertado con un apetito voraz—informó la enfermera —. El doctor encargado de su cuidado me ordenó que le sirviera una buena comida en cuanto despertara.
— ¿Se encuentra usted mejor?—preguntó el director.
—Creo que me encuentro totalmente bien —respondió Buck—. Podré abandonar el hospital hoy mismo.
El hombre hizo un gesto ambiguo con la cabeza.
—Espero que sea así, pero antes es preciso que se le dirijan algunas preguntas. ¿Está usted en condiciones de sufrir un pequeño interrogatorio?
—Completamente, doctor.
El hombre se dirigió a la puerta de la habitación e introdujo a un nuevo personaje.
—El señor Howard desea hacerle algunas preguntas.
El recién llegado hizo un signo con la cabeza al doctor y a la enfermera y éstos abandonaron discretamente la habitación.
—Soy un detective de Scotland Yard. Se le encontró a usted

medio muerto y sin ninguna documentación. ¿Puede usted explicarme qué le ha sucedido y quién es usted?

Buck guardó silencio unos instantes, convencido de que su declaración iba a sorprender a aquel colega inglés, el cual creía estar investigando un puro asunto de trámite.

—Soy súbdito norteamericano.

— ¿Ha perdido usted su pasaporte?

—No. He perdido mi documentación, pero no llevaba pasaporte.

— ¿Entonces ha entrado usted clandestinamente en Inglaterra?

—No es eso exactamente. Me han traído clandestinamente a este país y por la violencia.

El hombre hizo un gesto de extrañeza y acentuó su atención.

— ¿Quiere usted decir que fue raptado de los Estados Unidos y traído aquí a viva fuerza?

—Exacto—confirmó Buck.

—Le advierto que no creo ni una sola palabra de cuanto me dice y que si pretende burlar a la Justicia se agravará su situación.

—Cuanto le digo es cierto: he sido raptado de mi país y traído aquí a la fuerza.

— ¿Y quién le raptó?

—No lo sé con certeza.

— ¿Y tampoco sabrá cómo vino, verdad?—repuso el hombre con acento burlón.

—Veo que tiene usted una maravillosa penetración. Eso es exactamente lo que ha sucedido. No sé de qué manera he sido introducido en Inglaterra.

El hombre hizo un gesto de impaciencia y se levantó.

—Está bien. El caso tiene más importancia de lo que pensaba. Desde este momento puede considerarse detenido, hasta que aclaremos este suceso, y le advierto que todo cuando diga o haga puede ser empleado contra usted en el juicio que pueda seguírsele.

El hombre llamó al director y le rogó que llamase a Scotland Yard. Poco después hacía su aparición un nuevo personaje.

—Soy el inspector Teal, de Scotland Yard.

El detective, que no había abandonado la habitación, hizo un detallado relato de la conversación sostenida con Buck.

El inspector miró con ojos sagaces al presunto detenido y le dirigió una pregunta.

— ¿Debo entender que se niega usted a aclararnos el asunto?

—Lo que he dicho es la más estricta verdad —respondió Buck —. Me llamo Buck Sterling y soy teniente de la División de Detectives del Estado de Nueva York.

— ¿¡Qué usted es el famoso detective norteamericano!? — exclamó el inspector, entre asombrado y escéptico.

—Mi modestia me impide aceptar el calificativo que usted me ha dado. Todo lo demás es rigurosamente cierto.

—Usted comprenderá que es muy asombroso cuanto nos dice. Tendremos que confirmarlo.

—Lo comprendo, inspector. Pero antes quiero pedirle un favor: he sido víctima de un atentado y los culpables están todavía en libertad.

— ¿Conoce usted el nombre de esos hombres?

—No—dijo Buck, el cual prefirió reservarse el nombre del profesor Addington—. Sólo puedo decirle que tres de ellos son de origen oriental. El que parece capitanear el grupo es alto y delgado, de unos cincuenta años de edad, y lleva barba.

El inspector iba tomando nota de la declaración hecha por Buck.

— ¿Cómo se llama el poblado al que fui a parar?

—Ipswich. El puesto de policía de allí lo recogió medio muerto.

—Pues por allí está el lugar donde me tuvieron secuestrado. Se trata de una especie de torreón o castillo, de gruesas paredes y complicada distribución interior. El lugar está a la orilla misma del mar. En una zona de la costa, de grandes acantilados.

—Quizá el sitio indicado por usted es el faro de Harwich. Es un enorme torreón abandonado, que estaba en servicio antes de que se perfeccionara el sistema de radar.

—Pude huir de allí milagrosamente. Durante varias horas caminé tierra adentro para apartarme de aquel maldito lugar.

—Mandaré una patrulla inmediatamente allá. Espero que no tenga inconveniente en permanecer bajo la vigilancia del detective Howard hasta que hayamos comprobado su identidad.

—Estoy de acuerdo, inspector, pero le ruego acelere usted las gestiones. Estoy ocupado en un asunto del máximo interés para los gobiernos de los Estados Unidos e Inglaterra.

—Yo mismo me encargaré de esa gestión en el acto.

El hombre pidió al director del establecimiento una almohadilla de tinta y una cuartilla de papel blanco.

—Tenga la bondad de poner aquí sus huellas —dijo a Buck—. Supongo que en la Jefatura de Policía de Nueva York tendrán las huellas de usted. Así simplificaremos todos los trámites.

—Me parece una buena idea.

Buck impregnó sus dedos con la tinta y gravó sus huellas sobre la blanca cuartilla.

—Transmitiremos las huellas por radio y esperaremos la

respuesta.

Dichas estas palabras, el inspector abandonó la habitación, dejando a Buck bajo la vigilancia de Howard.

Aunque la impaciencia consumía al detective americano comprendió que no podía hacer otra cosa que esperar.

No habían pasado cuatro horas cuando unos golpes discretos en la puerta anunciaron la llegada de nuevos visitantes.

Buck vio entrar al inspector Teal, precediendo a otros dos hombres.

Un grito se escapó de los labios de uno de ellos.

— ¡Buck! ¡Viejo amigo!

Era Donald que se abalanzaba a estrechar las manos de su amigo.

—No sabes cuánto nos has hecho sufrir, ¿Cómo te encuentras? ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo se te ocurrió venir a Inglaterra?

Buck estrechó la mano de su amigo y le dedicó una cordial sonrisa.

—No me atosigues con tantas preguntas. No puedo contestarlas todas a la vez.

En este instante posó sus ojos en el otro acompañante del inspector Teal.

— ¡Comandante Bishop!

El aludido adelantó unos pasos y estrechó entre sus manos la tendida mano de Buck.

—Es un verdadero placer poderle estrechar la mano, teniente. Por un momento llegué a temer que no volvería a experimentar esta satisfacción.

— ¿Cómo ha sido el que vengáis aquí?—preguntó Buck—.

—El inspector Teal mandó tus huellas digitales a nuestro departamento, para ver si te identificábamos. En cuanto comprobamos, la autenticidad de las mismas se lo notificamos al Intendente General y puso un cohete trasatlántico a nuestra disposición para que viniéramos a recogerte. Todo el personal de la Jefatura se había lanzado en tu búsqueda. El comandante Bishop no vaciló ni un instante en acompáñame, al objeto de facilitar todas las gestiones.

Buck agradeció con unas palabras la actitud de sus amigos y dio también sus gracias al inspector Teal.

—Para mí ha sido un verdadero placer, teniente—repuso el inspector—. Confieso que al principio no creí gran cosa de su historia. Resultaba muy extraño que uno de los mejores detectives norteamericanos se encontrara en la situación en que se

encontraba usted. El comandante Bishop me ha hecho un resumen superficial de lo que es su actividad en estos momentos. Por otro lado, acabo de recibir órdenes del Ministerio del Interior para que ponga a su disposición todos los medios que usted crea necesarios.

— ¿Ha conseguido localizar el sitio donde estuve prisionero?— preguntó Buck.

—Sí—contestó el inspector—. Se trata del faro al cual le hice alusión. Una patrulla de helicópteros aterrizó en las inmediaciones y descubrió cosas muy interesantes en el sótano del viejo torreón. Había un espléndido laboratorio y síntomas indudables de que aquello ha estado habitado hasta hace poco tiempo, pero los pájaros habían volado.

—Espero que tengamos más suerte la próxima vez.

— ¿Y tú cómo te encuentras ?—preguntó Donald.

—Yo creo que me encuentro bien.

—Así es—intervino el director, el cual había penetrado en la habitación—. Estaba agotado, pero los dos días que ha dormido de un tirón han sido suficientes para que se recuperara.

— ¿Entonces puedo abandonar el hospital?

—Cuando usted quiera. Nosotros ya no podemos hacer nada más por usted.

Buck hizo que desalojaran la habitación y se dispuso a vestirse. El director del hospital, cuya estatura era aproximadamente la de Buck, le cedió galantemente uno de sus trajes, pues la ropa de Buck estaba totalmente destrozada.

Media hora después se encontraban en la calle y el inspector Teal se despedía de nuestros amigos, asegurándoles que Scotland Yard no cejaría ni un instante hasta conseguir dar con la pista de los secuestradores.

—Y bien, Buck; ¿cuándo partimos hacia los Estados Unidos? El cohete trasatlántico que nos ha conducido hasta aquí está a punto para emprender el regreso en cuanto queramos.

— ¿Qué hora es?

—Son las tres de la tarde—respondió el comandante Bishop.

—Entonces tenemos tiempo—contestó Buck. Podemos regresar al anochecer; mientras tanto quiero hacer una visito particular.

—Ya comprendo, Buck—dijo Donald con una sonrisa—. Se trato de Lucy Addington, ¿acierto?

—Así es, Donald. Vive en las afueras de Londres y es una buena ocasión para visitarla.

—Si me da la dirección de esa señorita y me acompañan a mi casa le llevaré en mi aero-automóvil.

Buck aceptó el ofrecimiento de su amigo inglés y poco después tomaban una copa de vino generoso en el lujoso piso del comandante.

—Aquí es donde vivo cuando no voy danzando por el mundo— informó el comandante mientras saboreaba el generoso vino que un criado había escanciado en finísimas copas de cristal de Bohemia —. Mi mayordomo y un criado son la única compañía que tengo en casa Ambos estaban ya al servicio de mi padre.

Los tres hombres disfrutaron por breves minutos del confort de que sabía rodearse el comandante Bishop:

—Donald puede esperarnos aquí—sugirió el comandante.

—Tendré mucho gusto en ello, aunque no respondo de que cuando usted vuelva encuentre ni una sola gota de este delicioso vino.

—Me llena de satisfacción que sepa ponderar la calidad de los vinos que guardo en la bodega —sonrió el comandante—. Daré orden a mi mayordomo para que destape otra si cumple usted su palabra.

Buck y Bishop abandonaron el piso y poco después se dirigían a la dirección indicada por el primero.

—No entro con usted porque me sentiría incómodo, Buck. Volveré a casa y le enviaré el aero-automóvil con mi criado. ¿Le parece bien dentro de dos horas?

—De acuerdo, comandante.

Los dos amigos se despidieron y Buck atravesó lentamente el jardín que conducía a la espléndida villa que habitaba Lucy.

Cuando llamó a la puerta el corazón le latía aceleradamente.

Le abrió una doncella que le hizo pasar a un espléndido salón. Poco después oía unos pasos precipitados y la maravillosa silueta de Lucy se recortó en el marco de la puerta.

— ¡Buck!—exclamó la muchacha, trémula de alegría.

Buck alargó su mano para estrechar la de la muchacha pero ésta lo abrazó cariñosamente.

—Para qué vamos a disimular, Buck. Nos pertenecemos desde el primer día que nos vimos.

Buck sintió que se le anudaba la garganta y que era incapaz de contestar a la muchacha. La atrajo cariñosamente hacia sí y depositó un amoroso beso en sus labios.

— ¡No sabes cuánto deseaba verte, Buck! Desde que volví a Inglaterra no he dejado de pensar en ti ni un solo instante.

—Lo mismo me ha sucedido a mí, Lucy. Tú eres quien da un verdadero sentido a mi vida.

—Es maravilloso escuchar esas palabras de tus labios.

—Es cierto cuanto te digo, Lucy. Mi pensamiento está puesto en ti desde aquel día en que te despedí en el aeropuerto.

Los dos enamorados se miraron profundamente a los ojos y una sonrisa de felicidad iluminó sus caras.

— ¿Vas a estar aquí mucho tiempo?—preguntó la muchacha.

Buck volvió a adquirir un aire de serenidad.

—No, Lucy. Sólo unas horas. La próxima vez que venga será para hacerte mi esposa, pero ahora tengo que volver a los Estados Unidos.

—Comprendo—dijo la muchacha, con tono entristecido.

—Ahora es preciso que hable contigo.

—Se trata de mi tío, ¿verdad?

—Sí, Lucy.

—Estoy terriblemente preocupada. Mi tío era el hombre más encantador de la Tierra. Ahora ha cambiado de tal forma su carácter que parece otra persona.

— ¿Quieres contarme cuanto sepas de él?

La muchacha llevó a su amigo a un confortable rincón del salón y le hizo sentarse en una amplísima butaca.

Su relato fue apasionado y minucioso. Cuando terminó, sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

—Tranquilízate, querida. Hay algo que no encaja bien en todo este asunto. Por cuanto me has contado, tu tío es uno de esos seres privilegiados que despiertan una profunda simpatía y respeto en todos cuantos le rodean. Sin embargo su proceder actual desmiente por completo lo que parece haber sido limpia ejecutoria durante toda su vida.

—Quizá se encuentra fatigado por el exceso de trabajo.

—El asunto es mucho más grave—aseguró Buck—. Sé que voy a causarte un profundo dolor, pero creo imprescindible que conozcas algunas circunstancias que no podrán estar ocultas durante mucho tiempo.

Buck hizo un relato detallado de los últimos acontecimientos, sin omitir la delatora presencia del profesor entre sus secuestradores. Cuando terminó, Lucy sollozaba desesperadamente.

—Siento haber sido yo quien haya tenido que decirte esto, pero tarde o temprano tenías que enterarte.

—No es posible, no es posible. —Murmuraba la muchacha con voz entrecortada.

—Yo mismo no comprendo cómo ha podido ser, sin embargo esa es la triste realidad.

— ¡Pero todo es absurdo, Buck! ¿Cómo comprendes que mi tío pueda colaborar con esos criminales? Se trata de uno de los primeros científicos de la Tierra; es dueño de una fortuna personal muy considerable. Y aunque no lo fuera yo dispongo de dinero suficiente para rodear su vida de todas las comodidades que pueda apetecer. ¿Qué más puede pedir un hombre?

—Ya te he dicho que yo mismo no lo comprendo. Sólo la más absoluta evidencia me ha obligado a hacer esta acusación.

El tiempo fue pasando y Buck intentó consolar a su amada.

Cuando transcurrió el tiempo acordado con el comandante Bishop se dispuso a marcharse.

—Ahora tengo que abandonarte, querida. Si cuando pase el tiempo no me odias por el daño que he podido causarte involuntariamente, volveré para hacerte mi esposa.

—No hay nada que pueda borrar mi amor por ti, Buck.

Buck besó tiernamente a la muchacha y se dispuso a partir.

— ¡Espera, Buck! Voy a ir contigo a los Estados Unidos.

—No es este el momento oportuno, Lucy.

—Sí, Buck. Tengo un deber moral con respecto a mi tío. Quiero estar a su lado cuando lleguen los momentos difíciles para él.

Buck meditó unos instantes.

—Creo que tienes derecho a ello. Accedo, pero con una condición: no vivirás con tu tío a tu llegada a los Estados Unidos. Creo que la esposa de Donald tendrá sumo gusto en alojarte en su casa.

—Acento—dijo Lucy—. Me bastará con estar a su lado cuando todo se haya descubierto.

Los dos enamorados decidieron partir inmediatamente. Lucy llenó una maleta con algunas ropas y poco después tomaban asiento en el aero-automóvil del comandante Bishop, que los estaba esperando desde hacía unos minutos.

Una hora después emprendían el vuelo hacia Nueva York, donde tenía que caer el telón sobre el último acto de aquella tragedia.

CAPITULO VII

El Intendente General paseaba a lo largo del despacho como una fiera enjaulada.

Buck, el comandante Bishop y el capitán Mathews observaban las idas y venidas del jefe supremo de la policía del estado de Nueva York, sin atreverse a interrumpir sus meditaciones.

—No puede ser, Buck, no puede ser. Este asunto acabará volviéndome loco. ¿Cómo es posible que el profesor Addington se preste a colaborar con esa pandilla de asesinos?

—Yo mismo me he hecho esa pregunta mil veces—contestó Buck—, pero nos encontramos ante una absoluta realidad y no ante una sospecha.

—Usted puede haberse equivocado, Buck. Tal vez ha sido víctima de una alucinación. Sus raptores lo narcotizaron. Usted mismo asegura que no recuerda nada a partir del momento en que sostuvo la conversación con el profesor Addington. Ni siquiera recuerda que Donald lo acompañó hasta la Jefatura y que tuvo con él un incomprensible altercado.

—Todo eso es cierto—contestó Buck con sereno tono—. Pero estoy seguro de no haber sufrido ninguna alucinación. Vi al profesor durante varios minutos, escuché su voz, oí cómo el oriental pronunciaba su nombre. No me cabe la menor duda respecto a todo eso. En cuanto a mi encierro, supongo que no lo pondrá en duda, señor Intendente.

—No, Buck. Eso parece estar claro. Hace apenas una hora he recibido un cable de Scotland Yard, dándome cuenta de que ha sido hallado el cadáver de un hombre flotando en el mar y cuyas señas coinciden con la descripción hecha por usted del hombre que quiso asesinarle. Sus huellas digitales han revelado que se trata de un conocido delincuente, del cual había perdido la pista la policía inglesa.

—Me alegro de que mi relato haya tenido esta confirmación—suspiró Buck—. Comprendo que todo es descabelladamente fantástico y que pueda dudarse de mis palabras, pero repito que nos encontramos ante una evidencia y no ante una sospecha.

—Lo admito todo—repuso el Intendente—. Todo, menos lo del profesor Addington. Razone usted, Buck. Mi larga experiencia en asuntos criminales me ha llevado a la convicción de que ningún criminal actúa caprichosamente. En cada asunto delictivo existe una razón, un fundamento. Sólo los criminales que tienen perturbadas las facultades mentales actúan caprichosamente. Y el profesor Addington no está loco. ¿Qué motivos podría tener para actuar de esa manera? Dinero tiene mucho más del que necesita. Su fama y su prestigio han dado la vuelta al mundo. Cincuenta gobiernos de la Tierra le hubieran dado cuanto hubiese deseado por conseguir su colaboración. Y tampoco puede haberse movido por esa pasión que a veces tienen los hombres de ciencia por conseguir ver realizadas sus teorías. En la actualidad dispone de medios ilimitados para sus investigaciones, y anteriormente realizaba otros trabajos por cuenta del Gobierno inglés, que podían satisfacer plenamente su pasión científica. ¿Se da usted cuenta, Buck? Uno de los hombres más grandes de la Tierra convertido en un vulgar criminal sin que haya ningún motivo, de ninguna naturaleza, para que así suceda.

—Comprendo perfectamente su razonamiento, señor Intendente. Si yo no lo hubiera visto por mis propios ojos jamás hubiera podido llegar a semejante conclusión.

—Yo creo totalmente en el relato hecho por el teniente—intervino el comandante Bishop—. No sería el primer caso de la historia en que un hombre de gran reputación lleva una doble vida.

—La sobrina del profesor Addington—continuó Buck—, ha de ser mi esposa en un futuro próximo. Nada menos deseable para mí que causarle semejante dolor, sin embargo me he visto precisado a ponerla en antecedentes.

—Reconozco que jamás me he encontrado ante un caso semejante. La situación se agrava además por la circunstancia de que nuestro Gobierno no se encuentra satisfecho con nuestra actuación. Estamos atados de pies y manos. Prácticamente el asunto ya no nos pertenece. Siempre ha habido una amistosa rivalidad entre la policía y el Servicio de Contraespionaje, pero en esta ocasión las cosas tienen un cariz más serio.

—Yo comprendo sus razones—admitió Buck— pero no hubiera cumplido con mi deber como ciudadano si no hubiera expuesto los hechos tal y como han sucedido.

El Intendente General no contestó a esta observación pero hizo un signo de asentimiento.

—No sé qué hacer. Confieso que me encuentro desorientado. ¿Qué fuerza moral puedo tener para defender el caso ante los

superiores, basándome en el testimonio de un hombre cuya memoria tiene lagunas tan importantes como le sucede a usted, Buck?

— ¿Y no es sorprendente que mi memoria falle a partir del momento en que el profesor Addington me hacía fijar los ojos en el extraño aparato que lleva en la chaqueta?

— ¿Qué quiere decir?

—Yo me pregunto si mi pérdida de memoria no habrá sido una consecuencia de mi visita al profesor.

— ¿Quiere decir—intervino el comandante—, que la amnesia se la produjo ese aparato?

—Eso quiero decir. Quizá el aparato emite alguna sustancia de efectos perniciosos.

—Contra eso está el testimonio de Donald —atajó el Intendente —. Cuando él fue a recogerlo se encontraba usted relativamente bien.

—Pero Donald dice que el color de mi cara y el brillo de mis ojos era anormal.

—Quizá un médico sacaría otra conclusión, teniente—insinuó el Intendente.

—De cualquier modo que sea—intervino de nuevo el comandante—, he de decirles que tengo instrucciones muy concretas de mi gobierno respecto a este asunto. El Gobierno del Reino Unido opina que hay que llegar al fondo de la cuestión, sea como sea. El profesor Addington es súbdito inglés y el Gobierno de Su Majestad asume toda la responsabilidad en cuanto al profesor se refiere.

—Estoy de acuerdo, comandante. Esa es la actitud del Gobierno inglés, pero ante quien yo tengo que rendir cuentas es ante el Gobierno de los Estados Unidos. En los momentos actuales estamos recibiendo duras críticas por parte de la opinión pública y nuestro Gobierno no está muy dispuesto a depositar su confianza en nosotros.

—Si triunfamos habremos conseguido rescatar esa confianza.

—De acuerdo, Buck. Pero si fracasamos habremos conseguido que se nos separe del Cuerpo. De todos modos no me preocuparía demasiado eso si tuviéramos una base más sólida para actuar. Si le he de ser sincero, teniente, yo mismo dudo de la exactitud de su informe. Han sido demasiado anormales las circunstancias por las que ha atravesado usted para que pueda fiarse de lo que ha visto.

Buck tuvo un gesto de desaliento y dio a entender que se daba por vencido.

—Yo creo que no podemos desechar totalmente la cuestión—dijo Bishop—. Si el profesor Addington es una persona honrada comprenderá perfectamente nuestra actitud. Nada puede perder con que le hagamos unas preguntas.

— ¿Y qué es lo que vamos a preguntarle? —preguntó el Intendente.

—En primer lugar que nos haga una pequeña demostración sobre el extraño aparato que lleva en la chaqueta. En segundo lugar que nos explique su ausencia del laboratorio. Los hombres de Donald no han dejado de vigilarlo durante toda la noche y aseguran que no salió de casa durante ese tiempo, por lo tanto ha debido ausentarse en diferentes ocasiones del laboratorio, cuando menos durante unas horas.

— ¿Y si al profesor le da por ofenderse?

—Le da remos todas las excusas que sean necesarias.

— ¿Y si así no se da por satisfecho?

El comandante Bishop dio a su rostro un aire impenetrable y dejó caer suavemente las palabras.

—En ese caso lo más probable es que todos nos veamos cesantes en un corto plazo de tiempo. Sin embargo, considero que el luchar en favor de la Justicia bien vale arrostrar semejante peligro; todo antes que consentir que un crimen quede impune.

El Intendente no acababa de decidirse a tomar una actitud.

—Estoy de acuerdo, comandante. Nuestro deber nos impone grandes sacrificios en ocasiones pero mil dudas asaltan mi conciencia.

—Debemos jugar esta baza—insistió el comandante.

—Ustedes ganan—concedió, por fin, el Intendente—. ¿Tienen algún plan que podamos poner en práctica?

—Yo creo—dijo Buck—, que nuestra investigación debe orientarse sobre dos puntos: primero, que el profesor nos muestre qué es ese extraño aparato. Tengo el presentimiento que fue mediante su empleo el que yo pudiera ser raptado tan impunemente. En segundo lugar, le pediremos al profesor que justifique su tiempo.

—Para ello tendremos que necesitar la colaboración de una tercera persona—apuntó el Intendente.

—Ya he pensado en ello—añadió Buck—. El propio Director Administrativo de los laboratorios puede darnos una referencia exacta del empleo de las horas del profesor.

—Hay que procurar que el profesor Addington no se percate de lo que tramamos hasta el momento mismo de realizarlo—intervino

el comandante.

—Ya he pensado en ello—respondió Buck—. Primero llamaremos al profesor y cuando éste esté en camino enviaremos a buscar al Director Administrativo, al objeto de que no puedan cambiar impresiones entre sí.

—Me parece bien el plan, Buck. Usted y el comandante se encargarán de disponerlo todo.

— ¿Puedo contar con la colaboración de Donald?

—Sí, pero nadie más. Probablemente vamos a desencadenar sobre nuestras cabezas una furiosa tempestad. Nosotros aceptamos esta responsabilidad con plena conciencia de nuestros actos, pero estoy obligado a defender a los hombres que están bajo mi mando.

—De acuerdo—asintió Buck—. No es preciso que intervenga nadie más en este asunto.

El Intendente miró las manecillas de su reloj eléctrico y dio por terminada la reunión.

—Son las once de la mañana. Podemos realizar la prueba en las primeras horas de la noche,

Buck y el comandante Bishop abandonaron el despacho del Intendente y se dirigieron al encuentro de Donald.

Lo encontraron en el puesto de observación, junto a la casa del profesor.

— ¿Qué hay, Buck? ¿Cómo van las cosas?

—Necesitamos hablar contigo, Donald.

—Estoy a vuestra disposición. Lucy me ha dado recuerdos para ti. Mi mujer está encantada con tenerla en casa.

— ¿Cómo se encuentra Lucy?

—Hoy está algo más optimista que anoche. De todas formas se encuentra un poco deprimida. El relato que tú le hiciste sobre la doble personalidad de su tío ha sido un golpe fatal. Todavía tiene la esperanza de que se aclare la cuestión. No comprende cómo puede ser cierto todo eso.

—Es del profesor Addington de quien venimos a hablarte—dijo Buck, cambiando de conversación.

— ¿Hay alguna novedad?

Buck relató a su amigo la conversación que habían tenido en el despacho del Intendente.

— ¿Es un plan firme?

—Sí—contestó Buck—. Estamos decididos a llevarlo a cabo, cueste lo que cueste.

— ¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Deseo que vengas a buscar al profesor en cuanto regrese de su trabajo y le digas que se solicita su presencia en Jefatura. Luego haz lo mismo con el Director Administrativo del laboratorio, del cual te daré la dirección.

Buck atendía con la mirada la expresión del rostro de su amigo.

—No quiero ocultarte la gran responsabilidad que contraemos al dar este paso. Si fracasamos podemos ser expulsados del Cuerpo. No te reprocharía lo más mínimo si decidieras no mezclarte en este asunto.

Donald levantó la cabeza y miró francamente a los ojos de su amigo.

—Me doy perfectamente cuenta de la importancia que tienen tus palabras. Tengo fe en ti y mi olfato me dice que ese antipático profesor se halla mezclado en este asunto. Puedes contar conmigo. Si perdemos la partida emprenderemos otra profesión, si la ganamos significará un ascenso, ¿no es así?

Donald había dado un tono jocoso a sus palabras para indicar que estaba dispuesto a tomar parte en la aventura, sin que ello le causara gran preocupación.

—De acuerdo, Donald. Esta es la dirección del Director Administrativo del laboratorio.

Mientras decía esto, Buck alargó una pequeña nota a su amigo.

—Debes proceder cronométricamente, de forma que los dos hombres no se encuentren hasta que estén en el despacho del Intendente General.

—Descuida. Lo haré todo como tú me lo has dicho.

Los tres amigos se despidieron, deseándose mutuamente éxito en la empresa.

CAPITULO VIII

Donald fue el encargado de ir a buscar al profesor. Habían decidido que la entrevista se celebraría después que el profesor saliera del laboratorio. Así que cuando Donald vio que el profesor entraba en su casa esperó discretamente algún tiempo y luego llamó a la puerta.

No fue muy sonriente el recibimiento que le hizo el profesor; pero Donald procuró ser breve.

—He de decirle—dijo el profesor apenas vio al policía—, que empieza a molestarme ya tanta interrupción y tan exagerada injerencia de la policía en mi vida privada. Me veré precisado a solicitar de las autoridades superiores que se me deje en paz; de lo contrario, volveré a mi país.

Usted perdone, profesor. Pero es que el caso requiere su presencia en la Jefatura de Policía. El asesinato del profesor Andrew nos trae de cabeza y son múltiples sus ramificaciones.

— ¿Y qué tengo yo que ver con eso? Mi relación con el profesor queda reducida a algún contacto accidental en los distintos congresos científicos a los que hemos asistido juntos, o alguna que otra carta muy de tarde en tarde, para consultarnos mutuamente algún problema.

—Yo no puedo decirle más, profesor, puesto que no sé a qué puede obedecer su visita a la Jefatura. Mi misión es comunicarle que se requiere su presencia allí, a ser posible inmediatamente, y rogarle que lleve usted el extraño aparato que le fue sustraído y que vino a devolverle el teniente Sterling.

Donald no supo si era una figuración suya, o creyó ver en el rostro del profesor un cierto aire de sorpresa.

— ¿Por qué no ha venido el propio teniente Sterling ?— preguntó.

—Hace unos días que ha desaparecido. Quizá la presencia de usted en Jefatura obedezca a este hecho.

El profesor guardó silencio unos instantes y por último pareció decidirse.

—Está bien. Iré con usted. Pero en esta ocasión exigiré al Jefe

de la Policía que no se abuse de mi buena voluntad. Si me permite, iré a cambiarme de ropa y seré con usted al momento.

Donald asintió con una respetuosa sonrisa y quedó esperando, mientras el profesor subía a las habitaciones superiores a realizar lo que había indicado. Unos minutos más tarde descendía de nuevo la escalera, habiéndose cambiado de traje y llevando en la mano un pequeño envoltorio.

—Ya me tiene usted a su disposición. Aquí llevo el aparato que les preocupa.

Los dos hombres abandonaron la casa del profesor y se trasladaron al edificio de la Jefatura de Policía.

El profesor fue introducido en el despacho del. Intendente General, que estaba ocupado por éste y el comandante Bishop.

—He sido llamado para comparecer ante su presencia—dijo secamente el profesor Addington—. Trabajo mucho durante todo el día en beneficio del Gobierno de los Estados Unidos, y necesito mis horas libres para descansar. Espero que no me entretengan mucho tiempo.

El Intendente General mostraba en su cara la preocupación que le producía aquella entrevista.

—Dispénsenos usted, profesor Addington. Nos hemos atrevido a abusar de su bondad, convencidos de que usted querría colaborar en el esclarecimiento del hecho delictivo que nos ocupa.

Luego, volviéndose hacia Bishop, lo presentó.

—Permítame que le presente al comandante Bishop, del Servicio de Contraespionaje inglés.

—Encantado de conocerle—dijo el profesor, sin que se mostrara en su cara semejante satisfacción.

—Para mí es un verdadero placer estrechar su mano, profesor—dijo el comandante—. Mi presencia aquí obedece al deseo del Gobierno de Inglaterra de que ha va un representante inglés en esta entrevista. De ningún modo le forzamos a ella pero le rogamos encarecidamente que facilite nuestra labor.

—Ya estoy aquí—dijo el profesor por toda respuesta—. ¿En qué puedo servirles?

—Tenemos entendido—dijo el Intendente—, que el teniente Sterling estuvo a visitarle en su casa con motivo de la sustracción que usted había sufrido de determinado instrumento.

—Así es—dijo el profesor—. Alguien burlando la vigilancia que ustedes han puesto en tomo a mí, penetró en mi casa y me robó un pequeño aparato que utilizo con mucha frecuencia: El aparato es éste.

El profesor abrió el pequeño envoltorio y dejó al descubierto el aparato que ya conocía el comandante Bishop.

—No comprendo cómo se le ocurrió al ladrón robarme este instrumento: desde el punto de vista económico es de muy poco valor, y en cuanto a su utilidad, resulta nula para quien no realice trabajos del tipo que yo realizo.

— ¿Y no resulta sorprendente que el ladrón mostrara su predilección por este aparato? ¿No tendrá más importancia de la que usted le concede?

—En absoluto—dijo el profesor con firmeza—. Ustedes mismos pueden ver cuál es su objeto.

El profesor desenrolló el hilo eléctrico y se puso el aparato de forma que pudiera ser utilizado. La pequeña caja con los dos botones pasó a ocupar su sitio en el bolsillo y la roseta de la Legión de Honor quedó incrustada en la solana.

—En muchas ocasiones—continuó el profesor—, me veo precisado a trabajar con luz dirigirla, es decir, sumido en la oscuridad e iluminando solamente aquello que tengo entre las manos: esto me obliga a disponer de un foco emisor de luz que pueda ser movido en distintas direcciones, sin necesidad de emplear las manos para ello, que puedo tener ocupadas en aquel instante. Si cierran la luz, haré una pequeña demostración.

Mientras el comandante Bishop alargaba la mano para accionar el interruptor de la luz, el profesor Addington cogió un cortapaneles de acero de la mesa del Intendente y lo sostuvo entre las dos manos. La luz fue apagada y pudo escucharse la voz del profesor.

—Ahora meto la mano en mi bolsillo y hago la conexión necesaria.

Un finísimo pero potente rayo de luz vino a incidir en el objeto que sostenía el profesor.

—Como ustedes ven, este rayo de luz es suficiente para iluminar cualquier cosa que yo pueda tener entre las manos o delante de mí. Cualquier movimiento de mis hombros me permite mover el haz de luz en distintas direcciones.

El comandante Bishop miraba fascinado el pequeño rayo luminoso que se quebraba al chocar con la bruñida superficie de la hoja de acero. El profesor movía el cuerpo suavemente y el rayo de luz se desplazaba, iluminando con precisión las distintas zonas de la habitación sobre las que se posaba.

— ¿Es suficiente esta experiencia ?—preguntó.

El comandante Bishop se alejó un poco y volvió a dar la luz de la habitación. El profesor Addington apareció bañado por la luz de la

lámpara, sosteniendo entre sus manos la hoja acerada del cortapapeles. De la roseta de la Legión de Honor que estaba colocada en su solapa surgía un finísimo haz de luz blanca, que se hacía visible, aun a pesar de la iluminación general del despacho.

—Ahora—dijo el profesor, sosteniendo el cortapapeles con una sola mano—, introduzco la mano en el bolsillo y cierro la conexión.

Inmediatamente el haz luminoso dejó de hacerse visible.

—Como ustedes comprenderán, el aparato no tiene una gran importancia. Para mí es útil, pero dudo que pudiera tener alguna utilidad para el ladrón que me lo robó.

El Intendente cruzó una mirada angustiosa con el comandante Bishop, el cual no alteró ni un solo músculo de la cara.

—Ha sido una demostración muy clara, profesor. Indudablemente, la calificación que usted ha hecho de este instrumento es la verdadera.

Resulta incomprensible que alguien tuviera interés en arrebatarle este aparato.

—Tengo que decirle, señor Intendente, que ese pensamiento me ha conducido a mí a otra conclusión: si el robo de este aparato no suponía ninguna ventaja para el ladrón, me veo forzado a suponer que no fue un ladrón vulgar el que me lo sustrajo.

—No comprendo.

—Quiero decir que tal vez me vea precisado a denunciar a alguno de sus hombres.

El Intendente tragó saliva y contestó:

—Si usted tiene alguna sospecha, profesor, le agradeceré que me la comunique.

—Por ahora todavía no quiero decir nada —contestó éste—. Quizá más adelante reanudemos esta conversación.

En aquel instante el comandante Bishop tomó la palabra:

—Ahora les ruego que me perdonen, pero tengo que ausentarme durante algunos minutos.

El Intendente miró con ojos interrogantes al comandante, pues aquella salida inesperada no había sido prevista; pero el comandante no se dio por aludido y, tras despedirse del profesor, abandonó el despacho.

Buck había estado escuchando la conversación a través de la puerta lateral que comunicaba el despacho del Intendente con el de su secretario, y consideró que era ya tiempo de hacer su salida a escena.

Si el profesor se llevó alguna sorpresa al verlo lo disimuló perfectamente.

—Tenía entendido que había desaparecido usted, teniente Sterling.

—He regresado hace unos minutos, profesor —replicó Buck—. Quien le haya comunicado mi desaparición no sabía todavía que he regresado.

El profesor guardó silencio y quedó en actitud expectante.

— ¿Se sorprende usted de verme, profesor?

— ¿Por qué tenía que sorprenderme?—preguntó el hombre.

—Nuestra última entrevista no se realizó bajo condiciones muy normales

—De nuestra última entrevista sólo recuerdo una actitud un poco extraña por su parte—replicó fríamente el profesor. Dijo usted algunas incoherencias y se encontraba terriblemente demacrado. Me alegré de que viniera su amigo Donald a recogerle.

—Usted sabe, profesor, que no me refiero a esa entrevista, sino a una posterior.

—Si se trata de un rompecabezas, haría usted bien en explicármelo, teniente.

—Me refiero a la entrevista que tuvimos en presencia de sus colaboradores orientales en un misterioso laboratorio de Inglaterra.

El profesor dio un puñetazo en la mesa y se puso en pie.

— ¡No estoy dispuesto a tolerar por más tiempo esto! ¡Si es que se han vuelto locos, me veré obligado a quejarme ante su Gobierno!

—Es inútil que mantenga esa actitud, profesor—dijo Buck serenamente—. Usted trata de engañar al Intendente, pero sabe que no puede engañarme a mí mismo: Le oí a usted; escuché su voz; entendí como pronunciaba su nombre el oriental que me sometió al sondeador de la conciencia...

— ¡Señor Intendente—, gritó el profesor—, le advierto que el responsable de estos insultos es usted y las consecuencias caerán sobre su persona! Hace tiempo que este hombre debía encontrarse en manos de un psiquiatra. ¡Qué podemos esperar los ciudadanos honrados de un Cuerpo de Policía que se nutre de dementes! ¡Exijo inmediatamente una explicación!

—Cálmese, profesor—dijo el Intendente, que se encontraba lívido—. El teniente Sterling ha asumido toda la responsabilidad de esta entrevista. Como Jefe de la Policía del Estado de Nueva York, me he visto precisado a acceder a la misma, puesto que había una acusación formal por parte del teniente.

—Sepa usted, señor Intendente, que puedo negarme a continuar los trabajos que realizo por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos, y estoy plenamente convencido de que si hiciera semejante

cosa dicho Gobierno descargaría sobre usted la responsabilidad de este hecho. La última vez que vi a este hombre fue en condiciones anómalas, como he dicho anteriormente.

— ¿Puede usted justificarnos—continuó Buck implacable—, cómo ha utilizado su tiempo en los últimos días?

—Debía negarme a contestar—dijo el profesor—, pero puedo hacerlo perfectamente, si con ello contribuyo a desenmascararle, teniente.

Buck se dirigió a la puerta e hizo pasar al Director Administrativo del laboratorio donde el profesor realizaba sus experiencias.

—Deseamos hacerle una pregunta—dijo al hombre, cuya sorpresa al ver al profesor Addington allí, se reflejaba claramente en su rostro.

—Usted dirá, teniente.

— ¿Ha faltado el profesor en estos últimos días a sus quehaceres en el laboratorio?

El hombre hizo un signo ambiguo, indicando que no comprendía la pregunta.

—Quiero decir si el profesor se ha ausentado algunas horas del laboratorio durante la jomada que habitualmente desarrolla allí.

—No comprendo por qué me pregunta usted eso—dijo el hombre.

—Lo importante es que conteste—dijo Buck.

—Pues, no. No ha faltado—contestó el hombre.

— ¿Está usted seguro? ¿No puede haberlo ignorado usted?

—De ninguna manera—volvió a contestar el hombre—. Durante estos días el profesor ha realizado importantes avances en sus experimentos y su jornada de trabajo ha durado desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, casi sin interrupción. Yo he estado a su lado constantemente, puesto que llevo la sección de estadística en las experiencias que se realizan.

Buck quedó desconcertado por las palabras de aquel hombre. Si era cierto cuanto decía, él no podía haber visto al profesor en el secreto laboratorio de las costas inglesas. Era cierto que los procedimientos de transporte eran rapidísimos, y un viaje de ida y vuelta a Inglaterra se podía realizar en menos de cuatro horas. Pero aquel hombre garantizaba que el profesor no se había ausentado del laboratorio.

— ¿Está usted seguro de que el profesor no se ha ausentado del laboratorio en el período de tiempo comprendido en los últimos siete días?

—Le repito a usted que no, teniente. Jamás he estado más de

diez minutos sin verlo o hablarle.

Buck sintió que el mundo se le hundía bajo los pies. La rotunda afirmación de aquel hombre, cuyo historial lo ponía a salvo de cualquier sospecha, tiraba por tierra todas sus previsiones.

— ¿Está usted conforme?—dijo el profesor con voz silbante.

Buck se dejó caer en una butaca y no contestó.

—Yo le ruego que nos disculpe—dijo el Intendente—. Nuestros deberes nos obligan a veces a realizar tareas desagradables o a dar un paso en falso.

—Siento no poderles disculpar, señor Intendente—contestó con sarcasmo el sabio—. De tal modo, que me veré precisado a comunicar a la más alta autoridad el atropello de que he sido víctima.

Dichas estas palabras, el profesor cogió su sombrero y salió, acompañado del Director Administrativo del laboratorio, el cual iba sumido en un mar de confusiones.

Buck y el Intendente continuaron sentados en su sitio y pasó largo tiempo antes de que volvieran a cruzar la palabra.

CAPITULO IX

Buck no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. La prueba hecha con el profesor Addington había sido totalmente favorable para éste y se le avecinaba una tormentosa situación.

Si el profesor se decidía a elevar una queja a las autoridades superiores, era seguro que la cosa no tendría remedio.

El tenía la evidencia de que el profesor se hallaba complicado, de una u otra manera, en la muerte del profesor Andrew. Su connivencia con los secuestradores que habían pretendido asesinarle era indudable, pero si antes de realizar la prueba con el profesor Addington su crédito había disminuido a los oíos de sus superiores, ahora no podía esperar que le creyeran ni una sola palabra.

Le molestaba su situación personal pero le molestaba mucho más el tener la conciencia de que una pandilla de espías, entre los que se encontraba el profesor Addington, estaban burlando a la Justicia y vulnerando el secreto más importante que guardaba su país.

Sentía la sensación de encontrarse aprisionado y de que cada movimiento apretaba más sus ligaduras.

Durante toda la noche fue consumiendo cigarrillo tras cigarrillo en la soledad de su departamento. Deseaba que acabase aquella horrible noche de vigilia y, sin embargo, sentía un vago temor ante la llegada del nuevo día.

El sol despejó las tinieblas de la noche y comenzó a oír los ruidos característicos que indicaban el despertar de los demás vecinos de la casa.

Se levantó de la cama, sobre la que se había tumbado vestido, y fue al cuarto de baño. Un baño de vapor y una ducha fría consiguieron templar sus nervios y ponerlo en condiciones de enfrentarse con el terrible día que se le avecinaba. Luego sacó una hoja de papel de un cajón de la mesa de su despacho y se dispuso a presentar la dimisión de su cargo.

Buck no era hombre que eludiera tan fácilmente la responsabilidad que hubiera podido contraer, pero pensaba que tal

vez su dimisión consiguiera frenar el golpe que, a no dudarlo, habría de caer sobre la cabeza del Intendente General.

No había comenzado todavía a redactar su escrito cuando sonó el timbre de la puerta. Cuando la abrió vio ante sí la elegante e inconfundible silueta del comandante Bishop.

—Estoy enterado de todo, Buck. Hace media hora que he hablado con el Intendente General y me ha comunicado los resultados de nuestra gestión.

—Es desesperante—exclamó Buck—. Estoy seguro de no haberme equivocado y sin embargo no puedo demostrarlo.

—Aquí ha perdido todo el mundo la cabeza —replicó el comandante—. Es preciso que usted la conserve, Buck. Creo que nuestros tiros van bien dirigidos, pero la pieza consigue escaparse astutamente.

—Yo estoy dispuesto a presentar mi dimisión. El proyecto fue mío y no quiero que su fracaso caiga sobre la cabeza del Intendente.

—Eso es una tontería, Buck. Si el profesor decide elevar una queja es muy probable que no tenga usted que molestarse en dimitir.

—Pero yo debo...

—Usted debe continuar en su puesto mientras sea posible— cortó el comandante.

Buck se sentó en una butaca mientras indicaba con un gesto al comandante que hiciera lo mismo.

—En mi larga carrera he adquirido alguna experiencia, Buck; y puedo decirle que en muchas ocasiones he encontrado la solución del problema cuando éste parecía no tener solución alguna.

—Si hubiera sido posible someter al profesor Addington al detector de mentiras, estoy seguro que hubiéramos resuelto ya el problema.

—Pero esa solución ha sido imposible en todo momento. El enemigo ha procedido muy astutamente y sólo la astucia podrá vencerlo.

—Confieso que me encuentro pesimista.

— ¿No me pregunta por qué me ausenté ayer del despacho del Intendente?

—Se me había olvidado. ¿A qué fue debida su inesperada ausencia?

El comandante puso sobre la mesa una cartera de documentos que llevaba en la mano. La abrió con reposado gesto y puso ante los ojos de Buck un objeto.

— ¡Qué demonios significa esto!—exclamó Buck.

—Sí, amigo Buck. Se trata del misterioso aparato que tantos quebraderos de cabeza nos ha causado.

En efecto, lo que el comandante exhibía era un aparato semejante al que había exhibido el profesor en el despacho del Intendente.

— ¿Cómo ha llegado a sus manos?

—Esta vez he tenido que comprometer seriamente a Donald. Mientras el profesor se encontraba en la Jefatura yo me trasladé a su casa. Fui al puesto de observación de Donald y le pedí que me permitiera entrar. Registré procurando no dejar huellas y encontré otro aparato semejante al que llevaba el profesor, escondido cuidadosamente en un cajón de su despacho. Luego di con éste que se hallaba en el fondo de uno de los baúles del profesor. Espero que no se haya percatado de su falta.

Buck miraba a su amigo con ojos interrogadores sin atreverse a sacar ninguna conclusión.

—Yo sigo creyendo que este aparato encierra algún misterio. Resulta sorprendente que usted no recuerde nada, desde el momento en que fijó sus ojos en la roseta de la Legión de Honor de la solapa del profesor Addington hasta el momento en que despertó prisionero.

—Pero ya hemos visto en qué consiste este aparato.

—Mientras el profesor realizaba su experiencia se me ocurrió pensar que, tal vez, estaba mostrándonos un aparato de la misma apariencia pero de efectos distintos.

Buck comprendió la idea de su amigo y su asombro se convirtió en un gesto de esperanza.

— ¡Esta vez es preciso que lleguemos al fondo del asunto! Desentrañaremos el mecanismo de este instrumento.

—Así es, pero ahora procederemos con mucha más cautela. Nadie más que nosotros y Donald han de saber nuestros planes.

— ¿Quién podrá analizar el aparato en cuestión?

—Ya lo tengo previsto. Un amigo mío, de nacionalidad inglesa, trabaja como ingeniero electrónico en una de las más poderosas firmas de los Estados Unidos. Es persona de toda mi confianza y podemos plantearle la cuestión.

— ¿Cuándo podemos ver a su amigo?

—He pensado que vayamos ahora mismo. Creo que no nos será difícil hablar con él.

Los dos amigos abandonaron la residencia de Buck y se trasladaron a las afueras de la ciudad donde se hallaban las

instalaciones de la «Electronic World Company», que era el lugar de trabajo del amigo del comandante Bishop. Pero su gestión fue infructuosa. El doctor Astor —que así se llamaba el hombre—había salido hacia una de las filiales de la casa y no volvería hasta el mediodía.

—Yo debo pasar por Jefatura—dijo Buck—. Podemos quedar citados para la hora del almuerzo.

Los dos hombres convinieron encontrarse en un céntrico restaurante y se separaron.

Cuando Buck llegó a su despacho recibió un aviso del ordenanza para que se presentara en el despacho del Intendente.

En el rostro de aquel hombre se mostraba la preocupación que le embargaba.

—Siéntese, Buck. Tengo malas noticias para usted.

—Todas las noticias son malas para mí desde hace algún tiempo—contestó el detective.

—He recibido un cable del Departamento de Justicia suspendiéndole a usted en sus funciones. El profesor Addington ha ido personalmente a la capital federal y éste es el resultado de su visita. Al mismo tiempo me anuncian la visita de un delegado del Ministerio para abrir una investigación sobre la supuesta ofensa inferida al profesor.

Buck aceptó con resignación la desagradable noticia.

—Créame que lo siento, teniente. Su brillante carrera debía obligar a que le concedieran un mayor margen de confianza, pero desgraciadamente no ha sido así. Yo acepto también la responsabilidad que me cabe en este asunto. No quiero admitir hasta que se haya llevado a cabo la investigación que pretende el Departamento de Justicia, pero lo haré más tarde.

Buck agradeció las palabras de conmiseración que le dirigió el Intendente y se dirigió a su despacho. Durante muchos años había laborado allí con entusiasmo y había llegado a ser una parte importante de su existencia. Recogió algunos objetos de uso personal y salió a la calle.

Durante varias horas vagó por las calles de la ciudad, en espera de que llegara el momento de reunirse con el comandante Bishop.

Cuando se encontraron en el restaurante explicó penosamente su situación a su amigo.

—Yo comprendo lo que eso significa para usted, Buck, pero le pido que no se desmoralice. Debemos llevar adelante nuestra empresa y nada debe apartarnos de ese objetivo.

—Lucharemos hasta el fin—contestó Buck.

—Así me gusta.

— ¿Cuándo vamos a ver a su amigo?

—He conseguido comunicar telefónicamente con él. Nos espera dentro de quince minutos en el laboratorio.

Los dos hombres comieron en silencio rápidamente y poco después se trasladaban al conglomerado de edificios que constituían la factoría central de la «Electronic World Company».

Los laboratorios de experimentación se hallaban situados en la parte posterior de aquel conjunto de edificios.

Un portero, advertido por el amigo del comandante, les condujo hasta su presencia.

— ¡Cuánto tiempo sin verte, querido Bishop!

—Hace más de un año que no te echaba la vista encima—sonrió el comandante.

Los dos amigos se abrazaron efusivamente y luego el comandante se volvió para presentar a Buck.

—Te presento al amigo del cual te he hablado. Teniente Buck Sterling.

—Encantado—dijo el hombre mientras estrechaba la mano de Buck—. He oído hablar en alguna ocasión de usted. Especialmente cuando resolvió el caso que la prensa dio en llamar «De las tres mujeres sin nombre».

Buck estrechó la mano cordial de aquel hombre de unos cuarenta y cinco años de edad y ágil figura.

—Ya te he dicho—continuó el comandante—, que se trata de un asunto totalmente reservado.

—No podía ser de otra manera, tratándose de ti—sonrió el hombre—. Ten la seguridad de que seré una cerrada tumba.

Los dos hombres fueron invitados a introducirse en un pequeño pero bien equipado laboratorio.

—Este es mi laboratorio particular, donde comienzo a experimentar mis ideas. Si consigo resultados iníciales satisfactorios paso a emplear los grandes laboratorios que tiene la casa.

Aunque el laboratorio era pequeño, Buck pudo observar que estaba maravillosamente montado.

—Creo que con esto tendrás suficiente—dijo Bishop.

—Veamos de qué se trata.

Bishop abrió su cartera de mano y entregó a su amigo el extraño aparato.

—A primera vista no tengo ni la menor idea de lo que es esto—comentó el hombre.

Durante unos segundos le estuvo dando vueltas entre las manos, sacando una impresión general del utensilio.

—La caja es de cierre magnético; creo que no será difícil abrirla.

El hombre se dirigió a un pequeño electroimán, que estaba instalado en un ángulo del laboratorio y lo puso en marcha. Luego acercó con cuidado la caja y ésta se abrió en dos mitades, dejando al descubierto su interior.

Una exclamación se escapó de los labios de aquel hombre.

— ¡Caramba! Todavía no sé lo que es esto, pero puedo asegurarles que ha sido construido con una altísima precisión técnica.

— ¿Crees que puede tratarse de algún modelo especial de pila eléctrica, capaz de dar luz a una bombilla?

El hombre miró con ojos de asombro a su amigo.

— ¡De ninguna manera! Esto es algo mucho más complicado.

Durante más de una hora estuvo manipulando el interior de la caja, auxiliándose con algunos complicados aparatos.

Su cara fue poniéndose seria y agudizándose su atención conforme iba avanzando en el estudio de aquella pequeña y minuciosa obra de la técnica moderna. El hombre trabajaba en silencio y la expectación de los dos amigos iba subiendo gradualmente. Al cabo de aquel tiempo el hombre levantó la cabeza y dirigió unas palabras al comandante.

— ¿Puedo desmontar el botón que hay al extremo del hilo?

—Sí, sí—admitió el comandante—. Puedes proceder según creas conveniente.

Pasó media hora más antes de que el ingeniero abandonara cuidadosamente aquel objeto sobre el banco en el cual había estado trabajando. Irguió su cabeza y fijó sus ojos en los dos hombres que tenía ante sí.

— ¡Es extraordinario! No lo hubiera podido sospechar nunca.

— ¿Qué es extraordinario?—preguntó el comandante.

—Este aparato—respondió el hombre—, acaba de descubrirme la solución de uno de los problemas más importantes que tiene planteados la electrónica. Se trata de un aparato capaz de producir una onda hipnótica.

— ¿Quiere explicarse usted?—preguntó Buck.

El hombre se tomó unos segundos antes de contestar.

—Se trata de un viejo problema que ha atraído desde hace cincuenta años la atención de todos los especialistas en materia de electrónica. Suprimiré los datos técnicos, que son demasiado complicados para que pueda hacerse de ellos una versión

comprensible.

—No nos interesa la cuestión técnica—dijo el comandante—. Lo que queremos es saber el objeto de este extraño aparato.

—En síntesis es lo siguiente: todas las impresiones que recibe nuestro cerebro, desde la percepción de un color hasta el recuerdo de un paisaje o de un número de teléfono, dejan una impresión en el mismo, de carácter electrónico. Las ondas electro-magnéticas que constituyen la base de nuestra memoria forman pequeños circuitos cerrados que permanecen en nuestro cerebro durante mucho tiempo, en ocasiones durante toda la vida. La pérdida de memoria no es otra cosa que la desaparición de la masa de nuestro cerebro de gran cantidad de esos, pequeños circuitos, cada uno de los cuales es el recuerdo de alguna cosa. Siempre se ha pensado el construir un aparato que fuera capaz de emitir una onda asimilable por el cerebro. De este modo se podría estudiar una carrera sin ningún esfuerzo, pues bastarían unas cuantas sesiones que pusieran en contacto el aparato emisor con el cerebro, para almacenar en el segundo todos los conocimientos que hubieran encerrados en el primero. Hasta ahora no habíamos conseguido dar con la longitud de la onda cerebral, y este aparato muestra que el problema ha sido ya resuelto. Todavía es una solución grosera del problema, pero indudablemente se trata de un gran paso dado en este sentido. El aparato es incapaz de seleccionar las ondas y manda una onda general a nuestro cerebro, capaz de producir un estado hipnótico.

Buck y el comandante escucharon con no contenido asombro la explicación de aquel hombre.

— ¿Quién es el que ha conseguido esta maravilla?—preguntó el ingeniero.

—Por ahora tendrás que conformarte con lo que has visto—respondió el comandante—. Quizá dentro de unos días puedas conocer todos los detalles del asunto que te interesa.

El hombre se extendió en grandes alabanzas sobre el talento científico de quién había resuelto aquella cuestión.

—Lo que no comprendo es cómo no se ha dado más publicidad a este asunto. La noticia conmoverá al mundo científico.

—El autor de este aparato no va guiado por fines puramente científicos. Esto forma parte de una complicada trama en la que estamos metidos mi amigo y yo.

—No quiero haceros más preguntas. Si llegáis a una conclusión más adelante te agradeceré que me des todos los datos que puedas.

El comandante se lo prometió así y se dispusieron a abandonar el despacho de aquel hombre amable: pero antes de hacerlo Buck lanzó una pregunta.

— ¿Y no hay ningún procedimiento para eludir los efectos de esa onda hipnótica?

El amigo del comandante meditó durante unos segundos.

—Sí, es fácil eludir los efectos de esa onda. Conociendo la frecuencia de la misma no es difícil hallar un antídoto. Una simple pila eléctrica con un polo descubierto, colocada en el bolsillo, por ejemplo, puede causar una perturbación importante a la emisión de la onda hipnótica. No estoy seguro de lo que digo, pero creo que será cierto.

Buck dio las gracias por la explicación accesoria, y unos minutos después se encontraba en la calle en compañía de su amigo.

—Teníamos razón, Buck Este aparato es una pieza fundamental en el escabroso asunto que llevamos entre manos.

El ingeniero había vuelto a montar el aparato y el comandante Bishop lo apretaba entre sus manos nerviosamente.

—Ahora comprendo lo que me sucedió el día que fui a visitar al profesor. Consiguió hipnotizarme por medio de este instrumento y me inculcó algunas ideas fijas en el cerebro. Es por ello por lo que no he conseguido recordar nada de todo lo sucedido mientras estuve bajo los efectos de la hipnosis. Ahora recuerdo que Lucy me hizo algunas declaraciones en este sentido. También ella ha perdido la memoria de algunos retazos de su vida junto al profesor, el cual la obligaba a obedecerle por este procedimiento.

—Creo que tenemos el primer triunfo importante en nuestras manos. Ya veremos de qué manera lo jugamos.

De pronto, Buck se detuvo.

—El profesor Addington salió anoche hacia la capital federal y todavía no ha vuelto ¿no es cierto?

—Así es—confirmó el comandante.

—Deberíamos intentar devolver de nuevo a su sitio este aparato. Ahora más que nunca es preciso que el profesor no sospeche qué camino siguen nuestras investigaciones.

—Me parece una buena idea, pero tropezamos con la dificultad de que estamos en pleno día.

—Yo hablaré con Donald.

Los dos hombres se dirigieron al lugar donde se encontraba apostado su amigo.

—Me parece bien—respondió Donald en cuanto le hubieron expuesto el plan—. Ya no puedo comprometerme más de lo que

estoy. Distraeré a mis hombres como hice anoche y mientras el comandante puede realizar la operación.

Un cuarto de hora después la elegante silueta del comandante atravesaba con paso displicente el jardín. Una hábil maniobra con la ganzúa y se introdujo en la casa del profesor.

Buck observó la operación realizada por el comandante y esperó al amparo de una casa vecina. Diez minutos más tarde volvía a reaparecer el audaz inglés y, cerrando la puerta con gesto indiferente, se reunió con su amigo.

—Todo está en orden, Buck. El profesor no debe haber notado la falta del aparato, pues el baúl estaba en la misma posición en que yo lo dejé.

—Alejémonos de aquí cuanto antes.

Los dos hombres tomaron una calle lateral y se apartaron rápidamente de aquellos alrededores.

CAPITULO X

El resto del día y la mayor parte de la noche los pasaron Buck y el comandante Bishop entregados a una extraña tarea. La idea había surgido en la mente de Buck, después de hacer un profundo análisis de la situación. Cuando se la expuso al comandante, éste no pudo menos que expresar una profunda admiración hacia su nuevo amigo.

— ¡Ha concluido usted el rompecabezas, poniendo cada pieza en su sitio! Ahora comprendo por qué su fama como policía ha transcendido allende las fronteras de su país.

—Eran demasiadas coincidencias—respondió Buck—. Ahora estoy seguro de que esta vez no nos equivocamos.

Durante más de dos horas estuvieron los dos hombres discutiendo minuciosamente el plan que debía seguirse, luego, compraron un frasco de «Energón» y estuvieron manipulando con él. Después de varias experiencias se dieron por satisfechos.

Cuando terminaron, la noche había recorrido una gran parte de su camino y se despidieron hasta el día siguiente.

Buck concilio un profundo sueño que le permitió recuperar las energías perdidas durante la pasada noche de insomnio. A las ocho de la mañana se vistió y salió a la calle; cogió su aero-automóvil, que tenía aparcado en un garaje cercano y, tras dar unas vueltas por la ciudad, para hacer tiempo, se dirigió a la casa de Donald.

La mujer de su amigo y Lucy lo recibieron con grandes muestras de alegría.

— ¡Cuánto tiempo hace que no te veo, querido Buck!—exclamó la mujer de su amigo—. No hay derecho a que distancies tanto tus visitas.

—Ya te habrá dicho Donald que he estado muy ocupado últimamente.

—Sí; ha querido disculparte, pero yo no te perdono. Aunque supongo que ahora nos visitarás más a menudo.

El tono conque habían sido dichas las últimas palabras hizo que Buck sonriera ampliamente.

—A mí también me parece que hace un siglo que no te veo—

dijo Lucy mientras estrechaba con efusión las manos de su amado.

—He querido acercarme para ver cómo te encontrabas.

La muchacha esbozó una triste sonrisa.

—Por ahora he procurado sortear el temporal.

—Me perdonaréis que os deje un momento —sonrió la mujer de Donald—, pero tengo que ir a prepararle el desayuno a mi hijo.

Buck agradeció con una sonrisa la discreción de su amiga y Lucy lo arrastró hasta una butaca, donde lo hizo sentarse.

—Ya sólo que te ha pasado, Buck. Me lo ha contado Donald. ¡No sabes cuánto lo siento!

—Yo también procuro capear el temporal, querida.

— ¿Qué noticias tienes de mi tío?

Buck hizo un gesto ambiguo que la muchacha interpretó acertadamente.

—Ya sé que te obstinas en ver la cosa de una manera desfavorable. ¿Estás convencido de que mi tío es culpable?

—Sí, Lucy. No puedo engañarte. Todas las pistas me conducen a ello. Aunque no lo hubiera visto con mis propios ojos lo acusaría igualmente.

La muchacha luchó desesperadamente por impedir que las lágrimas saltaran de sus ojos.

—Quiero ir a verle, Buck. Mi deber es estar a su lado.

—Has de prometerme que no harás eso, Lucy.

— ¡Compréndelo, Buck!

—Lo comprendo perfectamente, querida, pero eres tú la que no comprendes. Tu tío ha sido un ser admirable que ha dejado en ti una profunda huella de afecto, pero en la actualidad las cosas han cambiado.

—De todos modos debo estar a su lado.

—No lo harás. Tu tío debe haber perdido las facultades mentales, sólo esto puede explicar un cambio tan radical en su vida. ¿Comprendes que puedo dejarte a su lado en esas condiciones?

—Concédeme cuarenta y ocho horas, amor mío. Yo te prometo que estarás a su lado en los momentos difíciles.

La muchacha no contestó y siguió sollozando durante algún tiempo. Luego, fue dominando poco a poco sus nervios y sus facciones cobraron un aire de entereza.

—De acuerdo, Buck. Te concedo cuarenta y ocho horas, pero luego de ese tiempo iré a hablar con mi tío. Quizá yo pueda hacer que retroceda en el camino emprendido.

—Está bien. Yo te prometo que pasado ese plazo irás a entrevistarte con tu tío.

La mujer de Donald se incorporó al grupo y la conversación se generalizó.

—Siento mucho lo que te ha sucedido, Buck. El mismo Donald está fuera de sí. Se pasa todo el día preguntándome qué me parecería si cambiara de oficio.

—No hagas caso. Ya sabes que Donald tiene corazón de niño. Pasará esta mala racha y todas las cosas volverán a normalizarse.

—Pediré a Dios porque así suceda.

El tiempo iba pasando y Buck se acordó de que estaba citado con el comandante, a la hora del almuerzo.

Se despidió de la mujer de Donald y Lucy lo acompañó hasta la puerta.

—Prométeme que no correrás ningún riesgo inútilmente. Piensa que si son ciertas las sospechas sobre mi lío, serás tú lo único que me quede en este mundo.

—Te lo prometo. Sólo deseo que esté terminado de una vez este asunto, para poder hacerte mi esposa.

Lucy besó en un gesto espontáneo a su amado y huyó precipitadamente hacia el interior de la casa, para esconder sus lágrimas en la soledad de su habitación.

Cuando Buck llegó al restaurante tuvo que esperar un poco hasta que apareció su amigo.

— ¿Hay alguna noticia?

—Sí, Buck. El profesor ya ha regresado de Washington. Esta mañana se ha incorporado de nuevo a su trabajo.

—Entonces será cuestión de que pongamos en marcha nuestro plan.

—Creo que podemos hacerlo mañana. Hoy saldrían las cosas un poco precipitadamente.

—Me parece bien. Mañana por la tarde, después que el profesor llegue del laboratorio pondremos en ejecución nuestro proyecto.

Puestos de acuerdo sobre este punto los dos hombres comieron con excelente apetito.

—Ahora es conveniente que nos vayamos a un lugar tranquilo y repasemos todos los puntos de nuestro plan.

—Creo que el mejor sitio es mi casa—sugirió Buck.

—De acuerdo—admitió el comandante.

Los dos hombres se trasladaron a casa de Buck y sostuvieron una larga conversación de varias horas, sobre el misterioso plan que llevaban entre manos.

CAPITULO XI

Durante la mayor parte del día siguiente, Buck y el comandante permanecieron encerrados en casa de éste.

Serían las siete y media de la tarde cuando sonó el timbre del teléfono.

Buck descolgó el auricular y sostuvo una breve conversación con Donald que era quien le había llamado.

Cuando colgó se encontró con la mirada interrogante de su amigo Bishop.

—Sí, era Donald. Me avisa que el profesor ya ha llegado a su casa.

—Ha llegado el momento de la gran prueba, Espero que esta vez no fracasaremos.

—Haremos el trayecto en mi aero-automóvil, que tengo aparcado en la calle. Una vez me haya introducido en casa del profesor volverá usted para hablar con el Intendente.

—Estamos completamente de acuerdo. Creo que no debemos demorar ni un minuto más el entrar en acción.

Buck se puso la americana y cogió un extraño cajón que tenía encima de su mesa de despacho.

Los dos hombres abandonaron el piso y se introdujeron en el aero-automóvil de Buck. Conducía el comandante Bishop y Buck llevaba sobre sus rodillas el extraño cajón. En pocos minutos llegaron hasta las inmediaciones de la casa del profesor.

—Es mejor que paremos un poco antes, pues es preciso no alarmar a ese hombre.

Bishop detuvo el aero-automóvil a unos cincuenta metros de la casa del profesor.

—Seguiré yo solo—dijo Buck al tiempo que descendía—. Usted hable con Donald para que traiga a Lucy. Le prometí que estaría al lado de su tío cuando llegara el momento. Después vaya a buscar al Intendente.

—Perfectamente, Buck. Actúe con sumo cuidado, pues ese hombre me parece extraordinariamente peligroso. ¡Buena suerte!

Buck estrechó la mano de su amigo y, con la caja debajo del

brazo, caminó lentamente hacia la casa del profesor.

Las sombras de la noche comenzaban a extenderse sobre la ciudad, haciendo un tanto borroso el perfil de las cosas y de los seres. El momento había sido elegido cuidadosamente y Buck caminaba con paso sereno hacia su destino.

Empujó la abierta puerta del jardín y recorrió el pequeño sendero que conducía hasta la puerta de la casa. Pasó la caja al brazo izquierdo, pulsó el botón y se metió la mano derecha en el bolsillo de la americana.

Una vez más se abrió la puerta de la casa y apareció encuadrada en ella la alta figura del profesor Addington.

Al principio no reconoció a su visitante, pero cuando se hubo percatado de quién era soltó una imprecación e intentó cerrar la puerta.

Unas palabras y el gesto de Buck lo detuvieron.

—Si hace usted un solo movimiento lo mato.

Una pistola reglamentaria había aparecido en la mano derecha de Buck como por arte de magia. El profesor estaba congestionado por la ira, pero la firme decisión que leyó en los ojos de aquel hombre le obligó a obedecer.

Siempre apuntándole con la pistola, Buck le ordenó que se introdujera en la casa y poco después cerraba la puerta a sus espaldas.

El comandante Bishop esperó unos segundos y luego fue acelerando suavemente el aero-automóvil, pasando por delante de la casa del profesor. La cerrada puerta le indicaba que Buck había tenido éxito en la primera fase de su plan. Pasó de largo y se detuvo frente a la casa ocupada por Donald y sus hombres.

— ¿Qué significa lo que acabamos de ver, comandante?

—No se preocupe, Donald. Todo forma parte del plan que nos hemos trazado Buck y yo. He venido para darle un encargo de nuestro amigo.

El comandante explicó a Donald la pretensión de Buck y éste se dispuso a obedecer el encargo. Dio algunas instrucciones a sus hombres y se alejó en dirección a su casa, mientras el comandante tomaba el camino de la Jefatura Superior de Policía.

Detuvo el coche frente a la puerta principal y se introdujo calmosamente en el interior.

El Intendente General estaba sumido en la lectura de una orden enviada desde Washington, en la que se le pedía que detuviera a Buck, en virtud de una denuncia hecha por el profesor Addington.

Su secretario vino a interrumpir sus amargas cavilaciones.

—Un cable cifrado enviado desde Inglaterra. Emplean la clave concentrada en el convenio bilateral y no lo empleada por la Interpol.

El Intendente cogió el despacho cifrado y sacando el libro de claves que guardaba en la caja de caudales comenzó a descifrarlo.

Conforme iba avanzando en la traducción del mensaje su cara fue pasando por todas las facetas de la emoción y la sorpresa.

— ¡Fantástico!—exclamó.

Su secretario le miraba con curiosidad, sin atreverse a interrumpir su trabajo.

— ¿Hay alguna cosa más?

—El comandante Bishop desea ser recibido.

—Dígale que pase.

En Intendente guardó en el bolsillo el despacho que acababa de descifrar y se levantó para estrechar la mano del comandante.

— ¿Sabe usted dónde está Buck?—preguntó apenas hubieron cambiado las rituales palabras de saludo.

—Se diría que me ha leído usted el pensamiento—sonrió el comandante.

—Necesito hablar con él inmediatamente.

—En este momento venía a rogarle que me acompañara usted a determinado lugar, donde se encuentra Buck.

La noticia no dejó de sorprender al Intendente, pero no dijo nada.

—No podemos perder ni un minuto. Necesito hablar con él en seguida.

Los dos hombres abandonaron el despacho y subieron en el aero-automóvil que conducía el comandante.

* * *

Buck continuaba mientras tanto el sutil plan que se había trazado.

El profesor retrocedió bajo la amenaza de la pistola del policía, hasta situarse en el centro del salón.

—No intente usted acercar las manos a su bolsillo. Si lo hace me veré precisado a disparar.

La cara del profesor estaba congestionada por la rabia.

—Le advierto que acabaré con usted—rugió con furiosa voz—. No sólo conseguiré que lo arrojen del Cuerno, sino que pondré toda mi influencia para que lo metan en la cárcel. Si es preciso lo exigiré como precio para continuar mi labor en beneficio de los Estados Unidos.

Buck recibió la amenaza del profesor con una fría sonrisa.

—Usted ya no podrá hacerme más daño —murmuró—. Ha conseguido que me expulsen de la Policía, ha destrozado mi carrera y con ello mi vida.

Buck se inclinó y dejó en el suelo la extraña caja que llevaba debajo del brazo izquierdo.

— ¡Le repito que no acerque las manos a sus bolsillos!

El profesor detuvo el ademán que había iniciado.

—Esta vez no será como la otra. No conseguirá distraerme ni un momento.

—Usted está loco, teniente.

—Tal vez tenga usted razón, profesor, pero no olvide que es usted el máximo responsable de todo cuanto me sucede.

— ¡Miente usted! ¡Ha sido usted mismo el que se ha buscado la ruina! Su loca manía persecutoria le ha hecho cruzarse en mi camino y ahora paga las consecuencias.

—No existe tal manía persecutoria. Usted es un asesino, o por lo menos pertenece a una banda organizada de asesinos. A la banda de los hombres que asesinaron al profesor Andrew.

—Sus acusaciones resultan ridículas. ¿A quién cree usted que podrá convencer con semejante acusación? Mi posición está por encima de toda sospecha. ¿No tiene usted prueba evidente de ello? —concluyó el profesor, con una sonrisa cruel.

—Sí, tengo prueba de ello. Por eso mi acusación no será hecha ante los jueces. ¡Yo soy el juez y el verdugo en este juicio! Es usted una alimaña y voy a privar a la Tierra de su inmunda presencia.

El profesor comprendió la intención de su adversario y una gran palidez se acentuó en su rostro.

—Usted está loco. Si me asesina acabará sentándose en la silla eléctrica.

— ¡Yo no iré a la silla eléctrica! ¡No ocuparé el sitio que debía haber ocupado usted!

—No podrá evitarlo. Márchese y le prometo olvidar todo lo sucedido.

Buck lanzó una corta carcajada.

¡Vamos a morir juntos!

El profesor no respondió, pero sus ojos miraron en todas direcciones como buscando escapar por algún sitio.

— ¡Vamos a la cocina!—ordenó Buck enérgicamente.

El profesor fue retrocediendo bajo la amenaza de la pistola de Buck. Atravesaron algunas habitaciones y se introdujeron por fin en la cocina.

Buck dejó la caja en el suelo y obligó al profesor a sentarse en una silla.

— ¿Sabe usted lo que es eso, profesor?—dijo señalando la caja que acababa de depositar en el suelo.

El profesor hizo un signo de negación con la cabeza. El miedo iba atenazándole por momentos y se sentía incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Se trata de una cámara frigorífica—informó Buck—. Resulta sorprendente, ¿verdad? Pero más sorprendente le resultará cuando le diga que es una cámara frigorífica de temperatura constante. El interior de la misma mantiene siempre una temperatura de cuatro grados sobre cero.

Los ojos del profesor se desorbitaron por un instante y reflejaron una mezcla de curiosidad y temor.

Buck abrió la caja y extrajo un frasco cilíndrico y oscuro de «Energón».

—Se trata de un producto para la vejez—dijo con sonrisa insinuante—. Es el mismo producto que tomaba el profesor Andrew. Este frasco está preparado como el último que recibió. ¡Voy a invitarle, profesor; voy a invitarle!

Buck se dirigió hacia la espléndida nevera que se hallaba adosada contra una de las paredes de la cocina y la abrió, introdujo el frasco dentro y volvió a cerrarla. Luego, sin dejar de apuntar con su pistola al profesor, se sentó frente a él, dibujando en sus labios una sonrisa indefinible.

El profesor lo miraba con ojos desorbitados y su frente se perlaba con gruesas gotas de sudor.

De pronto lanzó un aullido angustioso.

— ¡No, no! ¡Saque en seguida ese frasco de ahí! ¡Va a estallar de un momento a otro y moriremos los dos! ¡Moriremos!

Buck no dejaba de sonreír ante las palabras desesperadas del profesor.

—Sí, moriremos—replicó—. Moriremos de la misma manera que murió el profesor Andrew.

— ¡Se lo suplico, Buck, se lo suplico! Yo le daré a usted todo cuanto pueda apetecer en esta vida. La fortuna, la gloria, el poder. ¡Todo será suyo si trabaja con nosotros; pero saque ese frasco de ahí dentro!

Buck continuó sentado en su sitio y el profesor no pudo contenerse más. Con un gesto desesperado se abalanzó sobre la nevera de la cocina. Buck intentó cortarle el paso pero un traspié le hizo rodar por el suelo. El momento fue aprovechado por el profesor

Addington, el cual metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y, enfocando la roseta de la Legión de Honor que llevaba en la solapa hacia la cabeza de Buck, apretó los botones de la pulida caja que guardaba en el bolsillo.

Buck detuvo su ademán de incorporarse y comenzó a respirar fatigosamente.

El profesor abrió rápidamente la nevera, extrajo el cilíndrico frasco de «Energón» y lo llevó de nuevo a la caja de la cual lo había extraído Buck. Cuando la abrió, un grito de sorpresa se escapó de sus labios. La caja estaba completamente vacía. Era una caja de madera, vulgar y corriente, que en ningún instante había podido ser la especial cámara frigorífica que había dicho Buck.

Durante unos segundos permaneció en suspenso, mientras aspiraba profundamente para tranquilizar los latidos de su angustioso corazón.

— ¡Canalla! ¡Ha sido todo una estratagema! —rugió—. Se levantó y miró al trasluz el cilíndrico frasco de ^Energón», pudiendo comprobar que era totalmente inofensivo. Luego se dirigió hacia Buck y le dio una orden escueta:

— ¡Levántate!

Buck obedeció automáticamente, mostrando una cierta rigidez en sus movimientos. La mano del profesor describió una curva en el aire y cayó con gran violencia sobre el rostro del policía.

—Has querido burlarte de mí, ¿verdad? Pero yo te enseñaré cuán peligroso es enfrentarse conmigo.

El profesor cogió la pistola, de Buck y le ordenó a éste que le siguiera al salón. Buck obedeció dócilmente.

—Ahora estás en mis manos—dijo el profesor con diabólica sonrisa—. Tu voluntad no te pertenece. Yo soy el dueño de tu voluntad, ¿me oyes?

—Sí—contestó Buck con voz que parecía venir desde muy lejos.

—Tienes que obedecerme, ¿lo oyes bien? ¡Tienes que obedecerme en todo!

—Sí, obedeceré en todo—respondió Buck.

—Ahora fíjate bien lo que voy a decirte: saldrás de aquí con paso tranquilo, te dirigirás hacia la casa de al lado, donde se encuentra tu maldito amigo Donald; harás que se asome a la ventana y te dispararás un tiro en la cabeza. ¿Lo has entendido bien?

—Lo he entendido bien—repitió Buck con voz monótona.

—No hay nada más importante para ti que obedecerme. Recuérdalo. ¡Nada es más importante que obedecerme!

Buck asintió con un gesto de la cabeza.

En este momento, una voz vibrante se dejó oír en el interior del salón.

— ¡Arriba las manos, profesor!

El profesor tuvo un segundo de vacilación, pero rápidamente levantó la pistola de Buck que empuñaba con su mano derecha y disparó un tiro contra éste. Pero ya Buck se había dejado caer al suelo con la celeridad de un rayo. El profesor volvió a apuntar hacia el caído cuerpo de Buck y un segundo disparo rasgó la tensa atmósfera del salón. Pero esta vez no había sido de la pistola que empuñaba el profesor la que produjo aquel estruendo.

Un grito ahogado se escapó de la garganta de aquel hombre perverso. Luego, se fue doblando lentamente, hasta caer al suelo.

Buck se levantó de un salto y vio ante él al comandante y a Donald, a los cuales acompañaba el Intendente General de la Policía.

— ¡Lo hemos visto y oído casi todo!—dijo el Intendente—. ¡No sabe usted cuánto me ha hecho padecer! Llegué a creer que estaba usted verdaderamente hipnotizado.

—Esta vez iba prevenido—dijo Buck, mientras sacaba del bolsillo una pila eléctrica, uno de cuyos polos estaba al aire.

—Era la parte más peligrosa de nuestro plan —intervino el comandante—. ¡Después de todo no habíamos tenido ocasión de experimentar la certeza de las opiniones de mi amigo, el ingeniero!

—Le felicito, Buck—dijo el Intendente—. Ha resuelto usted maravillosamente el más complicado caso criminal que jamás ha pasado por nuestras manos. Supongo que alguien, en las altas esferas, tendrá que disculparse ante usted —concluyó el Intendente con una sonrisa.

En aquel momento se escuchó un grito desgarrador y Lucy hizo su aparición en la casa.

— ¡¿Qué le ha pasado a mi tío?!—gritó desesperadamente.

Cuando vio en el suelo el cuerpo del profesor lanzó un nuevo grito y Buck se abalanzó a sujetarla para que no se desplomara en el suelo.

— ¡Está muerto, está muerto!—sollozó la muchacha.

—No está muerto—intervino el comandante—. He procurado disparar sin lesionarle ningún órgano vital.

—Ni es tampoco su tío, señorita.

Las palabras del Intendente General hicieron enmudecer a todos de sorpresa.

—Su tío se encuentra en Inglaterra y goza de buena salud. Este

hombre es un impostor.

El Intendente leyó en los ojos de todos una muda y extrañada interrogación.

— No hace más de media hora que he recibido un cablegrama del inspector Teal, de Scotland Yard. En él me comunica que ha conseguido echar mano a los secuestradores de Buck. Junto con ellos encontraron al profesor Addington, el cual había sido secuestrado y al cual obligaban a trabajar para ellos sumiéndole en un sueño hipnótico.

— ¡Ahora comprendo por qué vi al profesor Addington en Inglaterra!—exclamó Buck—. Entonces vi al verdadero profesor Addington y no al impostor que ocupaba su sitio en los Estados Unidos.

—Donald—ordenó el Intendente—. Llame usted a Jefatura y que envíen en seguida una ambulancia para recoger a este hombre. Usted y sus hombres se quedarán aquí de vigilancia hasta que pueda enviar a quien les releve. Los demás podemos abandonar este lugar, que perdurará como un mal recuerdo en nuestras mentes.

EPILOGO

Tres días más tarde se reunían los principales protagonistas en el despacho del Intendente General.

—Ha sido el caso más fantástico que he vivido en mi larga carrera policíaca—suspiró el Intendente.

—Todavía no he podido comprender con exactitud qué lío es ese del frasco de «Energón» —exclamó Donald.

Buck explicó una vez más a su amigo el asunto que le preocupaba.

—Hemos tenido que enfrentamos con los criminales más astutos que haya conocido la historia de la Humanidad. El profesor Andrew fue asesinado por la explosión de una bomba ingeniosísima, colocada dentro de uno de esos frascos. Los criminales aprovecharon el llamado «efecto paradójico del agua».

— ¿Y qué es eso?—preguntó Donald.

—Entre todos los líquidos—continuó Buck—, se destaca el agua por una circunstancia física particularísima. Todos los líquidos van disminuyendo de volumen *conforme se van* enfriando, pero el agua presenta una particularidad muy especial: disminuye de volumen hasta llegar a cuatro grados sobre cero, pero comienza a aumentar de volumen desde cuatro hasta los cero grados, de tal modo que una barra de hielo tiene más volumen que el agua que la ha producido. Fue ese «efecto paradójico del agua» lo que sirvió de base para la construcción del diabólico artefacto. Un disco metálico flotaba sobre la superficie del agua, contenida en un frasco preparado especialmente de ese producto llamado «Energón». El disco encajaba suavemente en las paredes interiores del frasco, manteniéndose fijo. Este frasco se conservaba en una cámara frigorífica especial, que mantenía una temperatura constante de cuatro grados. Cuando fue introducido en la nevera del profesor comenzó a enfriarse, convirtiéndose en hielo, aumentando de volumen y empujando el disco hasta ponerlo en contacto con la tapadera del frasco. En la parte interior de dicha tapadera había dos polos eléctricos que se conectaban con una carga explosiva situada en el fondo del frasco. Al ascender el disco ponía en contacto los

dos polos, originando la explosión.

— ¿Y cómo se te ocurrió pensar en eso?—preguntó Lucy, que había recobrado su maravilloso aspecto.

—Me parecieron muchas coincidencias las que hacían aparecer constantemente en este caso a los laboratorios «Senex». Primero, el hecho de que el profesor tomara este producto; en segundo lugar, la misteriosa muerte del repartidor de la casa que había llevado al profesor los últimos frascos; luego el incendio de los laboratorios; y, por último, el fortuito hallazgo que hice de una furgoneta frigorífica, cuyo termómetro no marcaba más que cuatro grados. Durante mucho tiempo barajé estos elementos, sin saber cómo coordinarlos. Fue una repentina inspiración lo que hizo la luz en mi mente. El comandante Bishop estaba conmigo y le comuniqué mi teoría. Fue entonces cuando decidimos poner en práctica la comedia de la que fuisteis testigos.

—El falso profesor Addington—concluyó el Intendente—era un sabio de origen búlgaro, pero que ha vivido la mayor parte de su vida en los países del Lejano Oriente. La organización de «Los Hijos de la Mañana» raptó al profesor Addington y lo sustituyó por este otro, el cual había sido sometido a una serie de operaciones de cirugía estética, que modificaron su rostro, hasta el extremo de parecer idéntico al profesor Addington. Su voz y su estatura eran muy semejantes y el engaño resultaba perfecto. El plan debió ser elaborado mucho tiempo antes de que fuera puesto en práctica. Cuando el profesor Addington salió en su avión hacia los Estados Unidos, fue obligado a aterrizar en el camino y se produjo la suplantación. De este modo. «Los Hijos de la Mañana» consiguieron colocar a uno de sus hombres a la cabeza del importante proyecto que dirigía el malogrado profesor Andrew. Hemos conseguido detener a la mayor parte de los dirigentes de la casa «Senex», cuya organización científica no era más que una pantalla para encubrir fines de espionaje.

—Y ahora—dijo Buck mirando su reloj de pulsera—, es preciso que no perdamos ni un minuto más. El cohete intercontinental, en el que viene el auténtico profesor Addington, llegará al aeropuerto dentro de diez minutos.

Todos se levantaron y se dispusieron a marchar hacia el aeródromo.

Una luz de felicidad brillaba en los maravillosos ojos de Lucy.

—Ya verás como mi tío, el profesor Addington, es el ser más encantador que existe sobre la superficie de la Tierra. Sé que se va a sorprender cuando le presente a mi futuro marido, pero estoy

segura de que le gustarás.

Buck miró a su .prometida y una sonrisa de felicidad se dibujó en sus labios.

—Espero que así sea. Aunque puedo asegurarte que tardaré en acostumbrarme en ver al profesor Addington como un amigo y no como un enemigo mortal.

Lucy se apretó contra el pecho de Buck y dijo con tono cariñoso:

—Apenas si tendrás tiempo de verlo. ¡No pienso apartarme de tu vista ni un solo minuto!

F I N

SIN NOTICIAS DE URANO

Cuando el Espacio descubra sus secretos; cuando la Astronáutica nos lleve a las hoy columbradas rutas del Eter; cuando los terrestres pongamos los pies en las remotas superficies de los Planetas y de los Satélites, puede llegar día en el que carecer de noticias de Urano signifique el peligro de una pavorosa guerra de Ultra Hidrógeno, de energía condensada, que amenace destruir la civilización de los mundos afectos a la jurisdicción de la Tierra.

SIN NOTICIAS DE URANO

es una magnífica novela futurista de

C. AUBREY RICE

¡Los agentes que integran el sistema 7 K, del Servicio de Inteligencia Intersideral, reducidos a silencio! ¡Violadas las severas órdenes del CIV Congreso Cósmico! ¡¿Poseían los científicos uranianos la fórmula de la bomba Ultra H?! ¡¿Cómo, si no, eran tan osados?!

SIN NOTICIAS DE URANO

¿Qué estaba sucediendo? Entérese usted por sí mismo, desplazándose a bordo de la poderosa fantasía que capitanea el autor del próximo número de la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*